

y jerarquías, que son patente de injusticia económica o política. El hombre se emancipa íntegramente y no se cierra el camino a la experimentación de formas nuevas a la evolución y al progreso. El hombre, beneficiario de la sociedad, y no a la inversa, practicando la libertad aprende a ser libre, es decir, del único modo que es posible el aprendizaje. La personalidad individual no resulta ahogada por la voz colectiva, dada la multiplicidad de formas de organización y la estructura social libertaria.

Se trata de una nueva economía, de una nueva justicia, de una nueva moral. Tres factores que conceptuamos indispensables para que una transformación social sea verdaderamente revolucionaria, eficiente y fecunda para el logro del bienestar humano.

RESUMEN. — En estos momentos en que el interés por las formas sociales que puedan sustituir a la actual, que ha agotado ya todas sus posibilidades, trasciende más allá del proletariado, considero de interés destacar de este modo comparativo las dos corrientes emancipadoras que se disputan la edificación de una nueva estructura social.

El contraste es lo suficientemente claro para que sirva de lección a quienes no se hayan decidido aun por una u otra tendencia. Puestas así las cartas boca arriba, pocos serán los que vacilen en demostrar su preferencia. Quienes aspiran a mandar y a vivir a costa de los demás, saben dónde tienen su puesto; y, asimismo, quienes no gustan de mandar ni de ser mandados; pues en las decisiones humanas no influye sólo la razón, sino también la inclinación y las tendencias instintivas.

La distinción es múltiple y de ningún modo superficial y accesoria. La oposición doctrinal y táctica, profunda e irreductible. Existen, no obstante, corrientes de acercamiento, deseos de coincidir en la acción subversiva. El hombre de Asturias es un símbolo que permite el acercamiento sentimental. A tal fin, estorban sólo los políticos, quienes viven a costa del movimiento y confían aprovecharlo en beneficio propio. Ellos saltan desde la dirección de una colectividad, al disfrute del poder sobre un pueblo. El que no sufre variación es el estado llano del pueblo, que permanece en su secular postura de oprimido.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1.^o de mayo de 1936.

humana crece, el de la libertad individual, la seguridad individual, las ideas novedosas y todos los deseos que la gente más avanzada despierta de conseguir la felicidad de todos los hombres con que puede confundirse. La humanidad avanza en la esperanza de libertad. No resta a

LA ASPIRACIÓN A LA LIBERTAD ES EL ELEMENTO CORROSIVO DEL ESTADO

El Estado es la institución social en la que se concentran todas las asechanzas históricas de la libertad humana. No ha existido siempre, sino que es de formación reciente en la evolución de las sociedades humanas; pero, por lo mismo, supone un perfeccionamiento de la tiranía, y una forma disimulada de opresión, merced a lo cual ha podido extenderse por todas las naciones, abarcando por completo nuestro planeta.

Es un axioma incontrovertible el que afirma que nada se produce y persiste en la naturaleza que no obedezca y responda a características y propiedades de esa misma naturaleza. Y si vemos por todas partes, en todas las edades y en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de salvajismo o de civilización, esclavizado el individuo a la voluntad o al capricho y conveniencias de los erigidos en casta dominante, ello debe obedecer a algo más que a la sumisión de los débiles por los fuertes y de los ignorantes por los listos y de los torpes por los astutos. Toda la fuerza y la violencia imaginables hubieran sido insuficientes para doblegar a los individuos, si éstos no hubiesen llevado en sí mismos la causa de su propia esclavitud.

La evolución operada a partir de la autoridad del padre hasta las formas totalitarias del Estado actual, ha sido resultado natural del modo de ser del hombre. Del instinto de sumisión, en el que nos educamos de niños y que hemos recibido en herencia de nuestros ascendientes, del temor a lo desconocido y de la credulidad propia de la ignorancia, que han presidido nuestros primeros pasos, del mismo modo que presidieron los primeros pasos de la Humanidad. Y también nosotros, como les pasó a nuestros más

lejanos ascendientes, hemos sido educados en el cuidado de que no nos emanciparemos de esas taras serviles.

La sumisión es un instinto con el que nacemos y contra el que tenemos que luchar interiormente si hemos de emanciparnos de él. Pero no puede decirse lo mismo del mando. Éste sólo es posible cuando hay previamente quien obedece. Es una consecuencia del instinto de sumisión, y termina por ser una inclinación a la que fácilmente se la toma gusto.

Podemos decir lo mismo del engaño. Para engañar, antes que ingenio se precisa un crédulo. Los pueblos son tanto más creyentes cuanto más atrasados, y, dentro de los pueblos civilizados, puede decirse lo mismo de los individuos. La credulidad es la que dió origen y alimenta a cuantos viven y medran explotándola. Magos, hechiceros, clero, políticos.

La servidumbre económica ha sido una consecuencia de las otras dos servidumbres, y no al revés, como pretenden los marxistas en su interpretación materialista de la Historia. El despojo económico no se pudo consumar sin engañar o maniatar previamente al individuo despojado. La prueba es que, aun en el estado actual, el privilegio económico se asienta sobre el sometimiento y la credulidad del proletariado.

«En las luchas por la existencia —dice Eliseo Reclus en *Los Primitivos*—, a través de las cuales la humanidad se abre un camino sangriento, las virtudes pasivas son ahogadas por los vicios agresivos.» La civilización no ha modificado esta selección de los tiempos de barbarie y las malas cualidades humanas siguen predominando, más o menos hipócritamente, sobre las más dignas de respeto.

La aspiración a la libertad es un sentimiento de orden más elevado, fruto del pensamiento y manifestación del despertar de la conciencia humana, en cuya aparición ha servido de reactivo el dolor moral de sentirse oprimido. Así se explica que tenga en el proletariado sus adeptos y propugnadores más numerosos, y también sus mártires más esclarecidos. Esta aspiración a la libertad ha producido todas las formas de la rebeldía, y ha servido de acicate a todas las luces emancipadoras. A través de la Historia, se ha manifestado bajo mil formas y, antes de dar con el

camino recto, el de la libertad individual, ha seguido todas las falsas rutas y todas las direcciones, que la verdad sólo se conoce después de comprobar la falsedad de todos los errores con que puede confundirse. La humanidad, igual que el animal en las experiencias de laboratorio, sólo acierta a salir del laberinto después de haberse engañado en sus múltiples recodos sin salida. Ha sido preciso que el hombre se ilusionara con todas las ficciones de libertad ofrecidas por las democracias y que se desengañara luego palpando su inanidad para que aprendiera a conocer cuál es la única forma de libertad real y tangible: la de una sociedad sin Estado.

Cuando el Estado —antítesis de la libertad, que emplea toda su violencia en la represión de la rebeldía— se asentaba, más que en su fuerza, en su prestigio, en el apoyo que le prestaba la credulidad del pueblo, podía sostenerse con un mínimo de fuerza, o con ella disimulada. Hoy, ha prescindido de todo escrúpulo, y ha buscado su solidez en los intereses creados en su torno, y en la fuerza de sus defensores bien pagados. La asechanza creciente de las rebeldías individuales y colectivas le han forzado a armarse hasta los dientes y a cambiar de táctica. Dar una parte para defender el todo es la consigna de las democracias. Acentuar la esclavitud del individuo para defender los intereses amparados por el Estado, es la nueva consigna del fascismo. Es el reconocimiento tácito de su decadencia, el presentimiento de su fin próximo.

Los rebeldes, los libertarios, nacen por generación espontánea, del seno mismo de la institución, de las juventudes modeladas por su pedagogía. Es una semilla que no puede extirparse porque germina hasta en el patíbulo, y las cárceles donde se les aísla se convierten en universidades libertarias.

Nunca había llegado el Estado a rodearse de tanta fuerza y a asimilar tanto interés, y ello, lejos de ser un signo de fortaleza, es una demostración de debilidad. Su seguridad no está tanto en el armamento perfeccionado de sus fuerzas represivas, ni en el número y la eficacia de éstas, como en el instinto de sumisión y en la credulidad del pueblo. Aun puede aumentar el número y la eficacia de sus servidores; no ha llegado a agotar la capacidad económica

de las naciones menos prósperas; puede aún prescindir de los escrúpulos humanitarios que le estorben, hasta que alcance en estas tres direcciones el límite tope que no es posible rebasar, y que, a juzgar por la velocidad que le lleva, alcanzará muy pronto. Pero con ello no aumentará su perfección ni hará más sólido su fundamento.

Entretanto, la humanidad irá aumentando su conciencia, los pueblos emancipándose de su credulidad, los individuos superando su instinto de sumisión. Son dos fuerzas que crecen paralelamente, pero con posibilidades distintas. La rebeldía es joven y el Estado viejo. Es un pleito que el tiempo, en última instancia, se encargará de liquidar.

Por lo que llevamos dicho, el pesimismo revolucionario no puede derivar del lujo con que el Estado refuerza sus defensas, sino del instinto gregario y de la sugestionabilidad de las masas. En el momento actual, una revolución sólo puede ser liberatriz si, al mismo tiempo que derriba la institución opresora, logra subvertir la psicología del pueblo, sustituyendo por la confianza en sí mismo la fe mesiánica en el Estado.

La idea evolutiva no excluye la posibilidad de las mutaciones bruscas.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 10 de enero de 1935.

LA DECADENCIA DEL ESTADO

Hay un imperativo vital del que ni los individuos ni las sociedades pueden evadirse. Es la necesidad de evolucionar, de modificarse de acuerdo a las determinantes propias de cada tiempo. Todo lo que se resiste a cambiar, o lo que se empeña en remontar el tiempo contra la corriente, volviendo a formas pretéritas, está condenado a ser sacudido por la revolución, que no es otra cosa que evolución acelerada, modificación violenta, cambio brusco.

El Estado, esta institución voraz que tiende a concentrar todos los poderes y todas las iniciativas, con mengua de la soberanía y de la libertad individual, ha venido evolucionando en la Historia, adaptándose al despertar de la conciencia individual aunque ello haya sido mediante formas políticas engañosas. Pero, actualmente, ha torcido tan en redondo y con tal desenfado y trayectoria, que en todas partes aboca formas dictatoriales, de las que el fascismo es la cara y el bolchevismo la cruz.

A nosotros nos toca vivir en una República de trabajadores de todas clases, orientada hacia la libertad y la democracia, pero tan ganosa de hipotrofiar la institución del Estado y de acogotar la libertad del individuo como pudiera serlo el fascismo de Hitler. Su ministro de Justicia, en algún tiempo cantor de la democracia y de los «típicos» liberales, ha tenido el cinismo de defender en pleno Parlamento, con la anuencia o el aplauso de los asistentes (asistentes en la acepción cuartelera) la tesis fascista del Superestado. Este consumado político había justificado, pocos días antes, la detención gubernativa indefinida en el penal del Puerto de Santamaría, de Francisco Ascaso y Paulino Díez —más otros que luego han sido procesados—, «como medida de

favor para no tenerles que meter un tiro en la cabeza».

Pero, ¿a qué llamarán fascismo nuestros intelectuales? Porque, desconociendo que lo tenemos ya en la propia casa, Jiménez de Asúa, Marañón y Unamuno han lanzado un manifiesto llamando a no sé qué clase de medios profilácticos contra el fascismo. Se les acredita de linceos en sensibilidad y olfato para despistarla, ya que no queremos suponerles el bajo oficio de encubridores.

La República está ya en la pendiente del fascismo. Todavía no se considera bastante armada con la Guardia Civil, la Policía, los de Seguridad y los de Asalto, a quienes ha dotado espléndidamente de medios y de armamentos. Los derechos individuales escritos con lápiz en la Constitución van a ser suprimidos con lo que se prepara para sustituir la ley de Defensa de la República: la ley de Orden Público, la de Vagos, y la supresión del Jurado. Todo se dispone para una guerra contra el ciudadano rebelde. Todo se dirige a someter y agotar al hombre decidido a defender a zarpazos su derecho a vivir y a ser libre. Para esto, se tiene en último lugar el recurso fascista de encarcelarlos a perpetuidad, por capricho gubernativo, o al más expeditivo de que hablaba Albornoz, de meterles una bala en la barriga.

* * *

La autoridad del Estado es continuación de la autoridad paterna. Se prolonga en la autoridad del maestro, y en la disciplina del cuartel. Pues bien: los padres van dejando ya de maltratar a sus hijos, tanto porque éstos se rebelan y emancipan más pronto, como por el despertar de la conciencia humana en el inconsciente despotismo paternal. La mujer va recobrando sus derechos, y el hombre desintoxicándose de la tiranía conyugal.

Los maestros no maltratan a sus alumnos, y van sustituyendo por métodos pedagógicos la palmeta, el puntero y los castigos de refinada crueldad que exigía el precepto de «la letra con sangre entra».

En el cuartel, se le otorgan más consideraciones al soldado, al que ya no se abofetea en público, ni ostensiblemente; aunque se siga haciendo uso de vejaciones y cas-

tigos, ello ocurre hoy en menor medida y con menos impunidad que antes.

En las cárceles, han sido suprimidos los atributos de tortura, y si la humanización del trato no se ha logrado en gran medida, es debido a la inercia y a los malos hábitos del personal encargado de administrarlo.

En nombre de los derechos del hombre, el rigor represivo de épocas bárbaras ha sido dulcificado y aminorado en todas partes menos en la institución del Estado, donde el camino seguido, sobre todo el que ahora se adopta por doquier, es la entronización de la arbitrariedad y de la brutalidad.

Ya no trata el Estado de hacerse amable más que a quienes le sirven. Se ha calzado botas de montar, y se muestra armado hasta los dientes. No tiene ni el menor pudor. Defiende descaradamente la injusticia social y en las luchas entre el capital y el trabajo, como es lógico, pone toda su fuerza armada a disposición del primero. No está dispuesto a hacer la menor concesión al individuo, ni siquiera de esas inconsistentes formuladas en el papel, pero escamoteadas en la práctica. Albornoz ha tenido el cinismo de llamar por su nombre a los tópicos del liberalismo histórico que a él le han servido de escalera de cuerda para trepar hasta la cima del Estado. El Parlamento, la ley Electoral, el Jurado y todo eso que se llaman conquistas de la democracia, no son, en las manos de un régimen fascista como el que padecemos, más que «tópicos». Así lo ha comprendido el pueblo, desengañado por el pico de oro de todos los políticos cuando acuden a él llamándole soberano, y por su desenfado para negarle todo y para lapidarla cuando se sienten seguros en el Poder.

Al individuo con conciencia de tal, con su dignidad de hombre despierta, no le queda otro camino que el revolucionario. No tiene que esperar nada del Estado. Ni de su evolución al revés, ni de las reformas que de él le ofrezcan los políticos, que hacen bueno el refrán de que «una cosa es predicar y otra dar trigo».

El Estado camina hacia su hipertrofia. Se hace cada vez más despótico. El individuo se dirige hacia su emancipación. Demanda cada vez más imperativamente su libertad. El pueblo empieza a despertar a la conciencia de su destino y

a pedir el ejercicio de su mentada soberanía. El choque se producirá, forzosamente, con toda la violencia y con toda la inexorabilidad de lo que nace y tiene que crecer, contra lo que ha de morir y se empeña en no hacerlo. Castillos más altos se han venido abajo.

C N T, Madrid, 6 de julio de 1933.

VAMOS CONTRA EL ESTADO

Supongamos que los políticos que hoy salen a representar el papel de redentores, son, si no todos, en su mayoría, un dechado de bondad y de sinceridad. Demos por supuesto, para complacer a los más creyentes, que cada aspirante a diputado es lo mejorcito de cada partido, y que, al llegar al Poder, no se dejarán seducir por las dulzuras del presupuesto, ni por el halago de los enchufes, ni por las «altas responsabilidades» del Poder, ni por la ferocidad propia del mando. Concedamos, además —ya es conceder—, que ni olvidarán sus promesas ni abandonarán sus programas, ni dirán, como acostumbran, «que desde el mando no se puede hablar como desde la oposición».

Ya están realizados los sueños de los cándidos, que se hacen la ilusión de labrar su felicidad eligiendo a los encargados de fabricársela.

Pues bien: al día siguiente, y al año después, y al quinquenio más tarde, resultará que el cándido fué sólo en la superficie. Parlamento, gobernantes, gobernadores, altos cargos, enchufados, etc., lo fundamental, seguirá inmodificado. Los bancos manejarán sus intereses tras de la cortina. Los burócratas seguirán succionando el presupuesto. Los terratenientes, condenando al hambre a colonos y obreros del campo. La Policía, la Guardia Civil, los de Asalto, los de Seguridad, los jueces, las cárceles y hasta el Ejército, seguirán siendo la amenaza del obrero parado, del obrero rebelde y digno. El capital, conservando sus privilegios, y la propiedad, su derecho «al abuso y al uso».

Porque el gobernante que, obligado por su programa, pretendiera atentar contra lo sagrado de estos intereses, representados por el Estado, duraría el tiempo justo que

necesitaran tomarse los que operan tras de la cortina para sustituirlo por una dictadura de tipo fascista.

Oí una vez expresar a un policía la inmanencia de su poder frente a la fugacidad de los políticos que sin cesar se sustituyen, con esta imagen: «Nosotros somos el cauce, la madre del río, y los árboles enraizados en sus márgenes, es decir, lo permanente, lo que queda. Ellos son el agua que pasa, clara o turbia, tumultuosa o mansa, pero siempre fugaz.»

No debe importarnos, por lo tanto, la corriente del río ni el aspecto de sus aguas. Debe preocuparnos solamente el cauce por que discurre y las orillas que la contienen. En suma: el Estado y sus instituciones esclavizadoras.

Y lo peor del juego político, donde generaciones y generaciones van malgastando su tiempo y sus esfuerzos, no es el cinismo del hombre que aspira a encumbrarse, ni la inanidad de todo cambio en la forma política, sino que aun haya gentes que tienen puesta su fe y su esperanza en la política, con tesón a prueba de desengaños.

Para hacer progresar al proletariado en el camino de su emancipación, la C. N. T. tiene esta consigna: apartarlo de la política.

C N T, Madrid, 28 de octubre de 1933.

EL ENEMIGO ES EL ESTADO

El Estado es la institución social en la que se concentra todo el poder (es decir, toda la fuerza armada), toda la autoridad (o sea, toda la beligerancia de razón) y en la que cada vez se acumulan más funciones en forma de burocracia parasitaria.

No tenemos otro enemigo que éste. Sólo a su destrucción debemos encaminar nuestras actividades.

El capital no sobrevivirá ni un día a la muerte del Estado. La propiedad dejaría de ser respetada en cuanto no tuviera a su servicio los fusiles y las cárceles. Los privilegios no podrían ser mantenidos frente al pueblo despojado.

El desposeído no se resignaría a serlo en cuanto le faltase el miedo a la ley y a las armas de sus guardadores.

La explotación del hombre por el hombre es consecuencia del dominio del hombre por el hombre. La causa fundamental de toda la injusticia social es el Estado, que mantiene en esclavitud al pueblo. «El pueblo — como ha dicho un sociólogo — no es esclavo por padecer miseria, sino al revés: padece miseria por ser esclavo.»

El anarquismo superó al socialismo al señalar como enemigo del proletariado, no al Capital, como hacen las otras tendencias sociales (socialistas, comunistas, sindicalistas, católicos, fascistas, etc.) sino al Estado. En esta posición, el anarquismo y la C. N. T., inspirada en él, se apartan fundamentalmente de todos los otros programas, agrupaciones y partidos que se disputan la conquista del Poder y la imposición de sus fórmulas salvadoras.

Dentro del Estado, el Gobierno ofrece a unas u otras tendencias la posibilidad de disponer del presupuesto nacional, del privilegio político y del predominio sobre sus enemigos.

Es como un cebo, o un «aliguí» mediante el cual se mantiene la ambición de mando de cada partido, y se les interesa en la conservación de la institución esclavizadora del Estado.

La política es la farsa que se manifiesta para engañar al pueblo, para equivocarle y para escamotear sus libertades y derechos. Tiene unos períodos largos de escenificación parlamentaria, con un eterno tejer y destajar de leyes, y otros períodos fugaces de representación electoral en los que se consigue hacer participar al elector, explotar su candidez y escamotear sus aspiraciones manumisoras.

Mientras crea en la política y participe en ella, el proletariado no logrará cambiar de postura, el hombre no logrará encontrar sus libertades perdidas.

La política, para los políticos, que en ella se engordan. El Estado, para los que en él encuentran amparados sus privilegios y sus posiciones ventajosas. Al pueblo, y en especial al proletariado, no le queda otro camino que ese que le marcan los políticos que se llaman de izquierda, en caso de que triunfe la reacción: el de la revolución social.

C N T, Madrid, 5 de noviembre de 1933.

EL ESTADO OS CONQUISTARÁ A VOSOTROS

Las instituciones sociales, como los seres vivos, tienen un límite a su integración y perfeccionamiento, pasado el cual, declinan, envejecen y mueren.

Es un imperativo de evolución que una institución desaparezca cuando ha cumplido su misión histórica y cuando se convierte en obstáculo del progreso intelectual y moral del hombre.

El progreso en la mecánica es incompatible con el capitalismo, porque aumenta en proporción creciente la desocupación.

El despertar de la conciencia humana es incompatible con el Estado, que la sojuzga y tiraña.

Tanto el Estado como el Capitalismo han cumplido ya su papel en la evolución humana, a la que en algún tiempo han acuciado, pero que hoy pretenden estancar, sacrificando el hombre a la institución y no la institución al hombre.

Un postulado de justicia social tan elemental como el de que todo ser vivo tiene derecho a aquello que precisa para vivir, choca abiertamente con el capitalismo, que niega este derecho a unos cuantos millones de hombres.

Y el derecho inmanente de cada individuo a disponer libremente de sí mismo, y a superar su personalidad, está en pugna manifiesta con el Estado, que muestra una tendencia creciente a ordenarlo y fiscalizarlo todo.

Cuando el pobre, idiotizado por su pobreza, lo esperaba todo de la munificencia del rico, tuvo razón de ser la propiedad, y cuando el maquinismo precisaba reunir esfuerzos, tuvo su razón de ser el Capitalismo. Pero no hoy, en que ha fracasado trágicamente, y en que la humanidad ha llegado a formarse una conciencia de tal, a entrever sus derechos y

a concebir un estado de justicia social en que es posible asegurar a todos la satisfacción de las necesidades económicas.

Cuando el Estado fué la extensión de la autoridad paternal, y el súbdito, conformado a la sumisión, demandaba y acataba el Poder, cumplió un papel evolutivo. Pero desde que pretendió eternizarse y crecer a costa del despojo del pueblo, y organizó la violencia, y legalizó el robo, y monopolizó la razón, se convirtió el Estado en fuerza retardataria, refrenadora, enemiga del progreso humano. Y hoy, que se enfrenta descaradamente contra el sentimiento de libertad, más despierto cada vez, está condenado a muerte pronta e ineludible. Se aferra desesperadamente a la violencia, aumenta sus defensores armados y adopta formas dictatoriales y cesáreas, torciendo, de golpe, su proceso histórico que le conducía hacia formas mitigadas y democráticas.

* * *

Todos estamos conformes en execrar la inmoralidad de la sociedad. Es tanta, que a todos nos alcanzan sus salpicaduras. Pero entre los delitos que se imputan a los individuos, mereciendo la execración pública, la intervención de la justicia, la condena en el presidio, o la muerte expeditiva por los asalariados defensores del orden, no hay ninguno capaz de equiparse en monstruosidad, ni en refinamiento, ni en acumulación de dolor, con los que producen las instituciones ante la más acorchaada insensibilidad pública. El reguero de hambre y enfermedades del paro forzoso, y la siembra de dolor que causan los excesos de Poder de los que mandan: encarcelamientos, crímenes, robos, despojos, torturas, ultrajes a la libertad, todos impunes, y en número que supera al de la delincuencia individual, a la que la Ciencia y el humanitarismo absorberían en el 90 por 100 de los casos.

No hay que culpar al burgués de su insensibilidad para explotar al trabajo, de su crueldad para condonar a sus obreros al hambre, ni de los turbios procedimientos que emplea para acrecentar su capital.

No hay que culpar tampoco al hombre vestido de autoridad de su insensibilidad ante el dolor que causa, ni de su

crueldad refinada al amparar los atropellos contra la libertad y la vida de los ciudadanos.

El mal no está en los individuos, sino en el sistema, en la institución a cuyo servicio se consagran. Todo individuo, aun el más bondadoso, puesto en posesión del capital y de la propiedad, será modelado por el sistema, sordo y ciego ante el dolor que le rodea. Todo individuo, aun el más justo y generoso, investido de poder, pisoteará fríamente la libertad y la vida humanas en cuanto se opongan a la seguridad de la institución a que sirve. El origen del dolor social que nos subleva está en las instituciones, sean cualesquiera los hombres que las regenten o las dirijan. El dinero y el Poder son filtros diabólicos que hacen del hombre, no el hermano, sino el lobo del hombre, su más rabioso y enconado enemigo.

Todo lo que no sea dirigirse a la destrucción de estas instituciones, enemigas de la evolución y del progreso humanos, pisotadoras del derecho a la vida y del derecho a la libertad, es andarse por las ramas. Dentro de cualquiera de ellas, la cuestión social es irresoluble, un círculo vicioso del que es imposible evadirse.

* * *

Tiene el hombre dos clases de aspiraciones, dos suertes de afanes a cual más pujante: la satisfacción de necesidades materiales y la aspiración a la libertad. Siglos y siglos de educación para la sumisión, en el hogar, en la escuela, en el cuartel, en la vida ciudadana, no han conseguido ahogar este sentimiento profundamente arraigado, que crece a medida que el hombre adquiere conciencia de su dignidad y a medida que lo cultiva en su espíritu.

El sentimiento de independencia, la aspiración a disponer uno de sí mismo, es un instinto arraigado en nosotros, acaso más que en otros pueblos, que nos hace preferir la miseria a la esclavitud, y la vida libre a los regalos de otra disciplinada. Ese sentimiento nos hace preferir la calle, con la incertidumbre del mañana y el pan escaso y la vivienda mala, al rancho y la celda de la cárcel o del cuartel. Por la libertad, renuncia el mendigo al yantar seguro del

asilo y desafía las inclemencias de todos los climas errando por los caminos.

Sin pan, no podemos vivir; pero, sin libertad, el pan sabe amargo como amasado con hiel.

La solución del problema social exige, antes que nada, asegurar a todos la satisfacción de las necesidades materiales; pero ha de hacerse sin hacerles perder, a cambio, su libertad; en Comunismo libertario, y no en Comunismo dictatorial, que deja subsistentes todas las lacras de la institución estatal y ha de despertar, por lo tanto, la rebeldía de todos los espíritus libres.

* * *

Nuestro odio no va contra los burgueses, ni contra las autoridades, sino contra las instituciones. Reducidos a hombres llanos como los demás, podemos brindarles nuestra fraternidad, ofrecerles nuestra camaradería. Hemos de combatir la peste, sin necesidad de matar el apestado. Queremos destruir la propiedad, y el capital, y el Poder, retornando las cosas a su punto originario, ya que todo lo que uno tenga de más, otros lo han de tener de menos. Y la fraternidad es imposible si los bienes colectivos no son disfrutados por todos, ni si dejan de ser comunes para hacerse de apropiación privada.

Las instituciones sociales son obra del hombre, son resultado de su evolución histórica más o menos artificiosa; pero, a poco de nacer, se convirtieron en influencia modeladora, en molde deformador de la naturaleza humana, pasando de efecto del modo de ser del hombre, a causa de su modo nuevo de obrar.

El sentimiento liberador, latente en todos los oprimidos, ha prevalecido a todas las persecuciones y resistido todos los embates. Vago, impreciso, demasiado instintivo, ha seguido muchas veces falsas rutas, sin acertar con el camino recto del éxito. Se ha dividido en cismas y tendencias dispares. Ha sido burlado por los falsos redentores. Pero ha logrado salir erguido de todos los fracasos.

Nadie ha ofrecido la libertad a cambio de ayudarle a conseguir el dinero; pero han sido muchos los que han ofrecido el bienestar a cambio de auparlos al Poder. Si na-

die se dejaría engañar en el primer caso, son muchos los que se dejan embaucar en el segundo. Si el que se hace rico no se acuerda de los amigos que tuvo antes de serlo, el que alcanza el Poder se olvida también en seguida de los camaradas que sufrían con él, en el montón anónimo del pueblo.

Más poderosos que la bondad, la honradez y la buena intención de un individuo, el Capital y el Estado, hacen naufragar en su vorágine las mejores arboladuras, las individualidades de más recio temple.

* * *

Dos hombres, Marx y Bakunin, presiden la actual división en el movimiento emancipador del proletariado. Marx, con un mamotretto científico, especie de nueva Biblia, *El Capital*; y esta consigna: «Conquistar el Estado, para destruir el Capital». Bakunin, proponiendo la lucha contra las dos instituciones, nos legó esta frase, que hoy tiene sabor de profecía: «El Estado os conquistará a vosotros».

Suplemento *Tierra y Libertad*, agosto de 1932.

LA LEY

Las gentes sencillas, que no se han preocupado de conocer las causas del malestar social, suelen decir con aplomo:

— Esto se arregla con una ley bien hecha, y haciendo que todos la cumplan a rajatabla.

La fórmula, que se les antoja facilísima y nueva, es más vieja que la política y más difícil de aplicar que una cataplasma en el cuarto trasero de un mulo coceador y «resabiao».

Una ley bien hecha, es un mirlo blanco. ¿Os habéis fijado cómo las fabrica nuestro Parlamento? Se nombra una comisión para que redacte un proyecto. El proyecto debe ser a gusto del Gobierno para que éste lo apruebe y, por tanto, debe obligar a todos, menos al Gobierno. Entonces pasa a las Cortes y allí cada diputado propone una enmienda para cada artículo. Sólo prosperan, como es natural, las enmiendas gratas a la mayoría gubernamental. Después de enmendada, la ley está peor que antes, como toda prenda que necesita remendarse antes de estrenada. Para conseguir esto, los señores diputados se han mentado la madre, han armado cien broncas y hecho romper otras tantas docenas de campanillas.

Ya tenemos la ley, a la cual lo único que le hace falta es estar bien hecha. Se presta a mil distintas interpretaciones, de acuerdo con el gusto de cada autoridad encargada de hacerla cumplir. Cuando otorgan un derecho al ciudadano, están redactadas así: «Todo ciudadano tendrá derecho a..., salvo en los casos y circunstancias siguientes»; y en estos casos y circunstancias, naufraga y se ahoga el derecho de todas, todas. En cambio, cuando impone un deber al pueblo, no falla nunca.

Ahora falta hacerla cumplir a rajatabla. Y para imponerla al pueblo hay gente bien pagada, uniformada y armada, además de un mecanismo de empapelamiento judicial y otro de emparedamiento carcelario. No obstante, hay mil medios de huirla. Ya dice el refrán que «hecha la ley, hecha la trampa». Para esto tienen su ciencia los abogados, sus monedas los burgueses, su influencia los privilegiados, sus campanillas los afectos a la política que manda, su habilidad los listos y sólo su suerte o su desgracia, más veces su desgracia que su suerte, el de las bofetadas, Juan Pueblo, Juan Trabajo.

Y ¿quién es el majo que se la hace cumplir al que manda?

El ministro de la Gobernación, en una de sus recientes declaraciones, se quejó de no tener una ley a su disposición. Y ¿para qué quiere su capricho? Porque el capricho de la autoridad ha sido ley desde que el mundo es mundo. Y la prueba de que no le hace falta ninguna ley, somos los extremistas puestos estos días a la sombra y los que han sido deportados. Antes se nombraba la ley de Defensa. Ahora ya no hace falta. Esta es la lección que han dado al Gobierno los federales de la «cordilla».

En efecto: al que manda no le hace falta la ley. Le basta el bastón de borlas, la pistola, el fusil, la ametralladora, la porra de goma o la bomba de mano.

Y al que obedece tampoco. Con la ley bárbara de la pena de muerte había un verdugo en cada audiencia. Con la amnistización de la pena por la democracia republicana, hay uno en cada esquina.

¿Seguirá el pueblo aún ilusionado sobre lo que escriban, entre chanzas o entre insultos, los padres de la patria? Si aun no tiene bastantes lecciones para desengañarse, que no pase apuros. Ya se las darán y acompañadas de verdugones. La fórmula que ya casi han tirado los maestros se la han aplicado los políticos: «La ley, con sangre entra».

C N T, Madrid, 29 de julio de 1933.

LA POLÍTICA

LA MENTALIDAD PROVIDENCIALISTA

Para un creyente, Dios es la suma providencia, de cuya voluntad depende todo. Sin su deseo explícito, no se mueve ni la hoja del árbol, aunque sople el viento. Al emanciparse de las creencias religiosas, el hombre ha abandonado la idea de esta providencia, y los astros no tienen necesidad de su voluntad para ocupar su puesto en el universo y girar incesantemente en sus órbitas. La Ciencia nos va descubriendo los factores que determinan cuanto ocurre en el cosmos, reduciendo de un modo progresivo el volumen de lo misterioso. Pero de esta mentalidad religiosa en que creció la humanidad nos han quedado posos y residuos, que nos han hecho sustituir la Providencia divina por otras providencias de menos categoría. El Estado es la providencia que rige la vida de las naciones y hace posible la convivencia en las modernas sociedades. Para sus creyentes no habría posibilidad de vida en sociedad sin Estado. Consume y no produce; pero, sin él, la economía nacional se arruinaría. Es un lujo que apenas pueden sufragar los pueblos; pero se teme, sin su mediación, que el trigo no nazca, y que las cosechas se pierdan, aunque el labriego fecunde la tierra con su trabajo y la abone con su ingenio.

En las orquestas, se ha hecho de la batuta del director la providencia clave del concierto, aunque cada músico toque a maravilla y conozca a la perfección su papel. Sin la batuta, ni siquiera sonaría los instrumentos.

Una industria es lo que es por el acierto de su gerencia, ya que sin ella no valdrían nada la pericia de los operarios y el trabajo agotador de los obreros.

Una cuadrilla de obreros manejando el pico hasta el

cansancio, no moverían tierra si les faltara el capataz, providencia que no suele manejar otro pico que el de la lengua.

Hasta en una asociación, o en una organización obrera, nada valdría la cooperación de sus adherentes si prescindiera de su directiva, de la providencia de unos elegidos, de quienes se espera todo lo que pueden y lo que no pueden hacer. Cuando surge un problema, se nombra una ponencia para que lo estudie, y una comisión para que lo resuelva. De este modo se consiguen organizaciones a las que falta la savia de la asistencia y de la convicción y de la voluntad de los afiliados, que es precisamente lo que puede darles pujanza, valor y solidez. Creo que de este sedimento providencialista, que facilita el engreimiento de unos pocos y la pasividad del resto, que hace depender de la actividad o del acierto de media docena, lo que debiera ser resultado del concierto de voluntades de todos; creo que de esta mentalidad, repito, no se han curado los Sindicatos, y, por su misma índole de repudio y aversión al liderismo, la C. N. T. sale más perjudicada que ninguna otra organización con todo lo que tienda a disminuir y borrar la participación de cada confederado.

El auge de la Confederación no ha de estar a merced de la providencia más o menos afortunada de sus accidentales dirigentes, quienes, para que sean meros intérpretes, han de verse respaldados por la actuación y participación activa del resto de los componentes.

Para que la importancia del afiliado anónimo adquiera todo el relieve que tiene, es menester que el individuo no consienta en postergarse dejando a otros el cuidado de hacer aquello que sin la asistencia de todos y la suma de voluntades no puede lograrse.

El valor sustantivo social está en el individuo. Económicamente, el productor que crea riqueza con su esfuerzo muscular y mental. Políticamente, en el hombre que no delega a nadie su interés por la cosa pública. Sindicalmente, en el afiliado que tiene conciencia de su papel social y voluntad de manumitirse. Revolucionariamente, en los dispuestos a dar su vida en la acción insurreccional. Si falta este valor fundamental, nos sobran todas las providencias.

Estas nunca han hecho otra cosa que adornarse con plumas ajenas. El oprimido no puede esperar nada de su intervención. Son las providencias como la mosca que iba encima del buey, y decía: «Todos aramos».

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1 de junio de 1935.

CANTOS DE SIRENA

Si el pueblo, esclavo del Estado, logró que éste le cediera un poco de soberanía ilusoria, dejando a elección popular la designación de sus gobernantes, fué seguramente porque lo pidió reiteradamente, y porque quienes lo otorgaron no vieron en ello un peligro para sus intereses, sino un sencillo modo de embauclarlo. Se puede comparar con el chupete que se da a los niños para distraerles el deseo de mamar, y con el que se encariñan, chupándolo ávidamente, como si verdaderamente sacaran algo de él. Igual que el niño con el chupador, los pueblos se han habituado al sufragio, y, aun sabiendo que nada sacan de él, se ilusionan con la esperanza de poder sacar algo.

La mentalidad política, que espera la felicidad de manos de un Gobierno o de una numerosa representación parlamentaria, está modelada a prueba de desengaños. Es resistente a las burlas de todos los arrivistas y charlatanes, los cuales, gracias a esa mentalidad, brotan como los hongos en el mantillo. La institución opresora del Estado está basada en esta mentalidad, tanto como en su fuerza represiva, y, si tratamos de desarraigarlo, hemos de atender, tanto como a vencerlo por la fuerza, a privarle del abono que lo nutre. La revolución ha de comenzar en las conciencias, y la educación revolucionaria, en la emancipación de la ilusión política. El abstencionismo electoral que practica la C. N. T. es una forma de educación y de desprejuiciamiento político, y renunciar a él sería tanto como renegar de toda su historia, y desvirtuar la razón de ser de su movimiento emancipador. Seguramente, hay muchos confederados que no han llegado a penetrar este sentido antipolítico de la organización, ya que parecen prestar oídos a los cantos de sirena con que

quieren seducirnos los políticos. Lo extraño es que haya militantes estudiosos que tomen en serio el argumento oportunista, y que, ya que no adoptan el chupador, consideren oportuno el dejar sin censura que sus compañeros lo chupen, como si tal acto pudiera reportarnos algún bien general. Dejar hacer, dejar pasar, es la fórmula con la que se cree poder salir del atolladero.

El sufragio universal es un arma tan inofensiva como una escopeta de caña. Ni el capitalismo ni el Estado tienen nada que temer de ella, puesto que aun la ponen a disposición del pueblo. De ser de otro modo, nos hubieran privado del juguete. Lo ocurrido el 14 de abril es un espejuelo engañoso. Si entonces se pasó de la Monarquía a la República, fué porque el cambio no afectaba a las instituciones, ni a los privilegios, ni a los defensores de unas y de otros. Un cambio tan superficial y tan engañoso, es todo lo que se puede esperar de otras elecciones. El capitalismo seguirá amparado en la legalidad de derechas o de izquierdas. El Estado seguirá su regresión fascista, limitadora de las libertades públicas, con derechas o con izquierdas. Los Parlamentos son tolerados, en tanto sean domesticables. Si por casualidad dejaran de serlo, convirtiéndose en amenaza de lo constituido, se suprimirían de un plumazo, o de un puntapié, como ocurrió recientemente con los municipios vascos. El proletariado ha de emanciparse con la cabeza y con la acción directa, como siempre ha predicado y procedido a practicar la Confederación.

No es menester prometer al que se abstiene de votar nada a cambio de ello, sino demostrarle la significación de su conducta, contrastando con la esterilidad del acto estúpido de votar, y haciéndole comprender la finalidad educadora e insensiblemente revolucionaria de la abstención.

La credulidad política se consuela de los engaños, esperando encontrar un día hombres incorruptibles por el ejercicio del Poder. El hombre más íntegro, una vez en el Poder, deja de serlo, de igual modo que el hombre sano lo deja de ser cuando contrae una pulmonía. En uno y otro caso, sólo la crisis les devuelve, al uno, la integridad, al otro, la salud.

Quien atiende la voz de la sirena política y vota, contribuye, no tanto a elegir sus amos como a estabilizar el

régimen político y a robustecer el Estado que esquilma su bolsa y limita su libertad. Quien se abstiene, no destruye la institución opresora y parasitaria, pero contribuye a socavarla y se hace digno de la libertad a que aspira.

Abandonar el camino equivocado, desechar el prejuicio esclavizante, es ponerse en condiciones de encontrar el camino recto y de acercarse a la emancipación.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 21 de marzo de 1935.

LAS CIRCUNSTANCIAS CAMBIAN; LOS HOMBRES PERECEN; LAS IDEAS PERMANECEN

Las colectividades, igual que los individuos, están sujetas al determinismo de imperativos circunstanciales, con un margen muy limitado de libre arbitrio, es decir, de acción voluntaria. Somos más veces esclavos que dueños de nuestra conducta. Más veces muñecos de la Historia que actores de ella.

La libertad de autodeterminación, es decir, de obrar como pensamos y sentimos, depende exclusivamente de la intensidad con que pensamos y sentimos. Porque, por tiránicas que sean las circunstancias, tenemos siempre un margen para sobreponernos a ellas, haciendo nuestra voluntad o resistiéndonos a obrar al dictado y en contra de ella. Un ejemplo lo aclarará mejor. Un idealista, en un pueblo, es despedido del trabajo por realizar propaganda extremista. A causa de ello, se ven amenazados por el hambre él y sus familiares. Las circunstancias le obligan a cambiar de conducta o a hacer dejación de sus ideas. Si su convicción es poca o su voluntad débil, se dejará modelar por el determinismo. Pero si su sentimiento de dignidad personal y su afán de ser libre son firmes, arrostrará todas las inclemencias y desafiará todas las vicisitudes antes de abandonar sus ideas.

Para conservar este dominio sobre la conducta, se precisan aptitudes heroicas, de temperamento o de convicción: finura de sensibilidad y riqueza de ideas. No son frutos comunes, sino de selección.

Lo mismo que las circunstancias de la vida moldean a la mayor parte de los individuos, haciéndoles obrar como marionetas, igual la Historia, que es la conducta de los pueblos, juega con las colectividades, haciéndoles desempe-

ñar papeles indignos o en contraposición con sus postulados.

En este orden de ideas, son aleccionadoras las circunstancias históricas de nuestra acción. Aleccionadoras y alentadoras.

Frente a los que creen que no se puede influir en los acontecimientos políticos de nuestra nación más que participando en el juego electoral, haciendo uso del arma del sufragio, la abstención electoral predicada por la C. N. T. ha demostrado todo lo contrario. El saber resistir las circunstancias adversas, sin claudicar de los propios postulados, es una ejecutoria de conducta recta que proporciona, a la larga o a la corta, la satisfacción de ver cómo las demás colectividades movidas por los vientos reinantes abandonan sus posiciones y aceptan nuestras tácticas. «Para influir en la vida social, había que recurrir a las urnas.» Han bastado pocas mesas para que todos los políticos reconozcan que, para conseguir sus aspiraciones, hay que echar mano de la acción directa revolucionaria.

De haber sido débiles, de habernos dejado llevar del determinismo social, estaríamos avergonzados y pesarosos. Manteniendo nuestras convicciones, aun en contra de las circunstancias, en noviembre como en diciembre, demostramos que, a la hora en que todos rectifican, nada tenemos que rectificar, y que toda la razón estaba de nuestra parte.

Sin contenido ideológico ninguno, simple institución de aherrojamiento del pueblo, el Estado evoluciona, por determinismo histórico, hacia el fascismo. Más fuerte que los que pretenden conquistarlo, esclaviza a los hombres y partidos que lo rigen, obligándolos a aceptar sus métodos estranguladores de la libertad individual y de la dignidad humana.

Embarcado en la nave del Estado, ningún político puede decir:

Haré esto y lo otro.

El gobernante es un prisionero más, que hace, no su voluntad, sino lo que el determinismo del Estado le impone. De creer en la sinceridad de los políticos que ahora vuelven a ponerse en candoroso demagógico, hay que suponer que los primeros engañados son ellos.

El trámite en hoy que viene del asalto al Poder, del

sector que propugna por los procedimientos bárbaros, sino de la misma evolución fatalista del Estado. La «Esquerra», en Cataluña, se ha asimilado estas tácticas de gobierno. El régimen penitenciario ha renegado ya de la ciencia penal para aceptar la obediencia impuesta, el castigo y el terror por el vergajo, como los supremos medios de corrección. Es como si la Medicina tirara por la borda toda la preparación universitaria y científica para aceptar el curanderismo. La ley de Orden público no podría ser empeorada por una dictadura fascista. El contingente de fuerza represiva se aumenta sin cesar en un ilimitado afán de reforzar el Estado, que es para la nación lo que un cáncer para nuestro organismo.

La democracia y el liberalismo no son ya convicciones arraigadas para resistir el determinismo histórico ni para orientarlo, sino simples etiquetas para engatusar el afán de renovación y de progreso del pueblo. No representan nada en la concurrencia social de las ideologías emancipadoras, donde sólo pueden ser válidas las que puedan desafiar la coacción del ambiente y servir a las colectividades de norte y guía para su conducta rectamente dirigida a un fin.

Los hombres y las colectividades perecen y se suceden sin dejar huella en la evolución social de los pueblos. Sólo las ideas permanecen y encadenan los esfuerzos de unas con otras generaciones, dando continuidad histórica al esfuerzo aislado de las colectividades o de los hombres.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 5 de julio de 1934.

EL PEDIDERO POLÍTICO. -- PARA MUESTRA, UN BOTÓN

Si algún político acertó a ganar prestigio en el pueblo, durante la época dictatorial, fué Luis Jiménez de Asúa, alentador de la rebeldía estudiantil, sobre todo en materia sexual. Su «tournée» por Sudamérica y su participación en el Congreso de Ciencias de Lima, en el año 1925, le dieron el espaldarazo de espíritu revolucionario. En este Congreso se atrevió defender la legitimidad del aborto en los tres casos siguientes:

Primer. Por motivo jurídico —que nosotros diríamos médico— de eleisión entre la vida del feto y la de la madre, es decir, cuando el embarazo o el parto ponen en peligro la vida de la madre.

Segundo. De orden eugenético, cuando se trata de impedir la reproducción de idiotas o degenerados.

Tercero. De orden sentimental, cuando se trata de un caso de violación o de «deshonra», prejuicio herrumbroso que aun conservan las gentes.

Esta actuación desembocada y bravía, avalada por algunos de sus libros defensores de la libre maternidad, del neomalthusianismo y hasta tratando de ofrecer cauce legal a la eutanasia, le hicieron conquistar un prestigio y una simpatía en nuestros propios medios.

Pero el político se hizo carne, esto es, consiguió un acta de diputado: del republicanismo, pasó al socialismo, se vió encumbrado por los gobernantes y convertido en mentor de la nueva legislación republicana, y el ídolo, el prestigio y la simpatía se hicieron barro sucio y pringoso.

Acaba de presidir la redacción del nuevo Código penal, tan bárbaro como el anterior, y en él ha conservado la misma hostilidad teológica hacia el aborto, castigándolo con

penas severas, olvidando aquellos sus pinitos extremistas del Congreso de Lima. Han perdido para él todo valor, si es que algún día lo tuvieron, los motivos jurídico, eugenético y sentimental. Ha hecho distinciones, sin embargo; pero ha sido para castigar más duramente a los profesionales que a los profanos, lo que tiende a que el aborto cause más estragos que los que de sí ya produce.

C N T, Madrid, 8 de diciembre de 1932.

EL FRACASO DE LA DOMESTICACIÓN

El sindicalismo ha salido triunfante de las peores asechanzas. De los comunistas emboscados, que hubieron de marcharse al intentar inútilmente sembrar el confusionismo y forzar su rumbo hacia Moscú. De los políticos, que quisieron arrastrarlo a las estériles luchas del parlamentarismo, goloso candelero para los «Dieciocho», y los «Treinta» domesticadores, que quisieron hacer de la C. N. T. una organización que se dejara querer, que dialogara con los que mandan y que decorara la República como esos terribles «capachos» que se exhiben en los cabarets parisienses.

Estas han sido las crisis que ha padecido, en su rápido crecimiento, después de la Dictadura. A punto de darse ella misma el alta, ha acentuado sus características, que por fuerza deben ser odiadas por los gobernantes: su revolucionarismo, que no puede ser de «boquilla», ni de «pacotilla»; su repudiación de todas las políticas y de todos los políticos, hasta de los que, en su demagogia de oposición, tratan de ganarse nuestras simpatías con la adulación; y la decisión reiterada de no querer limitarse a ser una finalidad en sí misma, sino un medio para conquistar el Comunismo libertario.

Las crisis de crecimiento han formado su anarquismo, coincidiendo con la tendencia representada en la F. A. I., lo que ha servido para decir que era tiranizada por esta agrupación, para no confesar el éxito de la organización específica en interpretar las aspiraciones del sindicalismo.

El fracaso que los elementos repudiados atribuyen a la C. N. T., no ha sido más que su propio fracaso. Nadie más que ellos ha estado sordo y ciego a la actualidad y a las determinantes sociales propias del momento. Al insistir

en que hay que realizar tareas de épocas adversas, demuestran creer que la acción proselitista de un hombre o de un grupo de hombres tiene más trascendencia que las condiciones del medio. Hoy, lo acertado, es aprovechar las condiciones sociales que favorecen nuestro movimiento, es decir, el descontento y la rebeldía producidos por el paro forzoso, la crisis económica y los excesos represivos y salvajes del Poder.

No se puede pensar hoy en atraer a más adeptos ni en movilizar mayores masas, porque podemos contar con el máximo que es posible reunir en tales condiciones. Para escuchar la voz de un «divo», se reúnen en un recinto miles de ciudadanos, entre adeptos, curiosos y espectadores. Para realizar un hecho que suponga riesgo personal, es difícil coincitar unos puñados de voluntades. Y para jugarse la vida en condiciones de inferioridad, es una proeza lograr juntar cuatro mil individuos. Esto habla más alto en favor del revolucionarismo del momento que el llenar hasta los topes el local más amplio de Barcelona, en un acto de propaganda oral.

La labor de capacitación, de educación ni de estructuración, no es propia de los momentos de pelea, de aquellos en que los militantes más caracterizados han de vivir escondidos, como los cristianos, en las catacumbas, cuando el paro condena al hambre, que es tanto como decir a la impaciencia, a la precipitación y al estallido de todas las rebeldías, y cuando se nos enciende la sangre con los relatos terroríficos, sublevantes, desencadenadores de la máxima indignación, de los excesos de los servidores asalariados del Poder.

Ya no hay que ir al campo a despertar al agricultor, ni a excitar su rebeldía con palabras de mitin. Hay que ir al campo a aprender decisión revolucionaria y a realizar lo que se desea y a lo que se aspira.

En instantes en que los acontecimientos sociales y las circunstancias del momento difunden en el ambiente nacional vientos de insurrección, y hasta las colectividades gregarias estallan en protestas incontenibles, es un crimen hacer de freno; es una apostasía vergonzosa hacer coro a la voz pacificadora de los que detentan las regalías y los privilegios. Hasta las imploraciones, las protestas verbales,



los llamamientos a la pública opinión y los consejos a los que gobernan, están fuera de lugar, pasados de tono. No hay más que dos caminos: o renegar de lo que se predicó hasta entonces, dando la razón al enemigo, o acentuar la posición rebelde y revolucionaria, preparándose para una acción vindicativa de la colectividad.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 5 de febrero de 1933.

EL RABIAR DE LOS POLÍTICOS

Los sectores políticos que, girando alrededor del astro confederal, esperaban triunfar con los votos de los obreros, hablan ya del fracaso del abstencionismo. Cuando ellos triunfan, quieren que, por lo menos, se les conceda un largo plazo de meses o años, para demostrar su redentorismo. Refunfuñan como el vendedor de holandas de hilo... de algodón, al que no se le quiere ni mirar la mercancía.

Han cambiado los tiempos. Si hasta ahora había sectores políticos que engordaban y prosperaban, timándose con el movimiento emancipador del proletariado, en adelante ha de ocurrir lo contrario. Faltos del apoyo que les prestaban los que aun conservaban candidez política dentro de la Confederación, o se enrolan en ella acogiéndose a sus postulados apolíticos, o cambian de órbita, en busca de otras más candorosas organizaciones. Hemos visto todo lo que valían y que sólo tenían un color prestado.

La actuación del proletariado catalán es magnífica. Es toda una afirmación de capacidad. La sugerión electoral, además de su arraigo hereditario, es como la de los toros, o la de la lotería. Unas masas que se abstienen de participar en el entusiasmo colectivo, que se sustraen a la sugerición de esa ceremonia religiosa, demuestran tener, o una confianza plena en la organización sindical, o una convicción anárquica arraigada, y tanto en uno como en otro caso son una esperanza de emancipación proletaria.

Cualquier fumador sabe que es más difícil abstenerse de fumar que aspirar el humo de los cigarros de los otros, que es lo que el confederado hubiera hecho apoyando a los sectores de extrema izquierda.

Ezequiel Endériz, desde *La Tierra*, ha dicho una colección de vaciedades, como si hubiera sido un candidato derrotado. El votar podrá ser un acto natural en una colectividad cualquiera hasta tanto que no sean capaces de tomar acuerdo por aclamación, como suele ocurrir en muchos Sindicatos. La C. N. T. no rechaza el voto, puesto que, al mismo tiempo que para diputados de la Generalidad se votaba para la Dirección de *Solidaridad Obrera*. No se trata de votar, sino de participar con el voto en un juego en el que nada se nos ha perdido, y que nos debe importar tanto como al piojoso el elegir el piojo que haya de picarle más. Lo único que nos interesa es despiojarnos, y esto no se consigue con votos, sino con medios parasitícos.

Se habla también de la grave responsabilidad en que han incurrido los que han recomendado la abstención. Desde mi humilde puesto de militante, quiero aceptar por entero esa responsabilidad, ya que aplaudí, en todo momento, la campaña antielectoral de *Solidaridad Obrera*, y ya que aconsejé la abstención en unas cuartillas que, por prohibición del mitin en la Plaza Monumental, no llegaron a surtir efecto, y aunque tampoco lo surtieron al aparecer en la *Soli*, las escribí con la peor intención antipolítica.

La abstención de aquello que no se hace por convicción, sino por instinto o por rutina, es siempre un mérito y una virtud. Un ejercicio para formar la personalidad, para hacer destacar la individualidad del montón gregario. Abstenerse del alcohol que nos intoxica y nos degenera racialmente; del tabaco que nos ensucia el pulmón, los dedos, los dientes y la dignidad; de los toros, del fútbol y de las demás imbecilidades colectivas; del juego electoral de elegir un amo, es siempre digno de encomio, que realza y dignifica a quien lo practica, aunque digan lo contrario los cosecheros, el monopolio de Tabacos, los contratistas de espectáculos y los políticos.

En un proletariado así, podemos tener confianza todos los que, desde distintas localidades españolas, seguimos ansiosos sus determinaciones.

La política se tambalea. La implantación del Comunismo libertario está próxima.

C. N. T., Madrid, 30 de noviembre de 1932

ANTE LA AGUDIZACIÓN DEL MITO ELECTORAL, ABSTENCIÓN A TODA COSTA

Así como el pueblo tiene puesta su fe y su esperanza en hacerse rico jugando a la lotería, tiene puesta su fe y su esperanza también en mejorar de situación votando en las elecciones. Y hasta los tibios, e incluso hasta los descreídos, al llegar la lotería de Navidad, no resisten al estado de sugerión colectiva y, por ver qué pasa, se sacuden el bolsillo y compran una participación.

Estamos en el período álgido del mito electoral. La prensa, los mítines, los manifiestos y los carteles murales, pugnan por crear ese estado de sugerión colectiva, en el que la convicción de los individuos corre riesgo de naufragio y en la que el electo cifra sus ilusiones más claras en el acto de introducir, como el resto de la recua humana, su papeleta en una urna.

Es ahora, y no solamente en los internmedios, cuando los anarquistas tenemos que gritar nuestro antipoliticismo, nuestra convicción antielectoral y nuestra fe revolucionaria. Por consecuencia ideológica, debemos abstenernos de votar. Debemos resistir la fuerza de la corriente y aun crear una corriente en contra, para apartar al mayor número de la farsa electoral. Porque un individuo restado al juego político es un individuo ganado para la acción revolucionaria.

Aunque a cambio de ello se nos ofrezca la posibilidad de libertar a nuestros camaradas presos.

Aunque se nos calumnie diciéndonos vendidos al oro de la reacción.

Aunque fuera cierto que votando nos oponíamos al fascismo.

Aunque fuera exacto que en estas elecciones se jugaba sus destinos el pueblo español, debemos abstenernos de votar.

Ni estos, ni otros sueños, con los que trata de seducirnos el arrivista político, el dictador y tirano en potencia, deben apartarnos de nuestra posición anarquista.

No nos interesa cambiar de Gobierno. Nos importa suprimirlo. Como no nos interesa cambiar el juego de la veleta, ni el color de las tejas del *casco*, sino la habitabilidad del edificio. El que triunfe, sea derecha o izquierda, será nuestro enemigo, será nuestro encarcelador y nuestro degollador. Será el que tenga a su disposición las porras de Asalto, la oficiosidad de la Policía, los fusiles de la «Benevolencia» y la mentalidad del cuerpo de Prisiones. El proletariado tendrá exactamente todo lo que tiene hoy: sombra carcelaria, espías, hambre, cardenales y verdugones.

Nos importa permanecer íntegros en nuestros postulados, firmes en nuestras convicciones. Porque no nos debemos unicamente a un interés del momento, sino a un movimiento y a una conciencia emancipadoras con continuidad histórica, en la que los individuos y las circunstancias políticas son meros accidentes. A ese movimiento y a esa conciencia les move la evolución y les pertenece el futuro.

Si triunfa la reacción en las urnas, ¡mejor! Los que quieran oponerse, tendrán entonces que unirse a nosotros y que coincidir en el único plano en que queremos frente único: en la Revolución social.

Que las generaciones venideras no tengan que reprocharnos ni la claudicación ideológica, ni la cobardía.

El confederado está moralmente obligado a no votar y a prepararse, espiritual y materialmente, para la lucha definitiva, a vida o muerte.

C. N. P. Madrid, 24 de octubre de 1933.

AHORA TOCA HABLAR A LOS ABSTENIDOS

Se han sorteado en la rifa política de las elecciones los puestos de mando del Poder, la administración del chorro de oro del presupuesto. Los agraciados se aprestan a disfrutar de los premios disponiendo a su antojo de la riqueza y de los destinos nacionales. La farsa parlamentaria va a comenzar de nuevo...

Pero queda en la escena un personaje que se ha abstenido de participar en la farsa de la rifa electoral y que ha demostrado con su actitud no estar dispuesto a servir de comparsa a las otras dos farsas más indignantes: en la de disponer de la riqueza nacional y en la de detentar un poder hecho ya intolerable. Ha renunciado al falso derecho de elegir y de ser elegido. Se ha mantenido apartado del juego en el cual los políticos desaprensivos y los aprensivos se han disputado todo su patrimonio. Se han repartido con malas artes, puesto que no se puede citar ni un solo caso de elección honrada, el poder arrancado al pueblo y el dinero que se le extrae coactivamente por las contribuciones.

Este personaje no ha dejado de votar para permanecer pasivo ni callado. Tiene que hablar y ha de ser oído. Por algo es el 50 por 100 del censo nacional, y en una democracia, por prostituida que haya sido la palabra y el concepto, ha de ser atendida la mayoría nacional, respetada la voluntad popular. Esta mayoría de electores abstencionistas y de ciudadanos que no figuran en el censo, pero que quieren ser escuchados también, se niegan a seguir los cauces de la legalidad, porque, por experiencia, saben que son callejones donde se pierde el recado y el recadista. No está dispuesta a hacer antecala ni a emplear el papel de oficio. El va derecho por lo suyo. A impedir que nadie se meta a arreglarle

la casa, ni a disponer de sus propios asuntos, ni a mangonear en la riqueza que es de todos.

Que los que llegan se dispongan a escucharle. Pues ha de hablar, antes de que comiencen a hacerlo los parlamentarios profesionales, con los que no quiere confundirse de ningún modo.

C N T, Madrid, 6 de noviembre de 1933.

TEMAS DEL MOMENTO.—CONTRA LA POLÍTICA

Serían los gobernantes hombres de acierto en su gestión; pudieran ser los políticos hombres sinceros, no cegados por la vanidad del poder, ni por la seducción del mando; tendríamos que reconocer la evidencia de que, en el Parlamento o en la mayoría gubernamental, el político es el mismo hombre campechano, cordial y afectuoso que se muestra al pedir el voto; nos demostrarían prácticamente que las leyes sirven para algo más que para amparar al poderoso; comprobaríamos en la realidad que los derechos constitucionales nos servían de algo al invocarlos ante el uniformado representante de la autoridad que nos atropella. Pues ante tan bello supuesto realizado, nosotros, como anarquistas, estaríamos frente a la política que atribuye a unos hombres condiciones de mando y a todos los demás obliga a la sumisión y a la obediencia.

Colocadas las cosas en el mejor de los supuestos, siendo cierto —como dicen— que la sociedad impone la necesidad de que haya alguno que mande, y esta necesidad fuera cumplida por una perfecta selección de los mejores, y los mejores tuvieran una indudable superioridad intelectual y rectora sobre los demás, aun quedarían en pie nuestros argumentos contra la autoridad y en pro de la soberanía individual.

Nuestra oposición a la política no se dirige contra la política actual, ni se fija en sus errores presentes y pasados, ni invoca los atropellos del Poder y los abusos de mando, ni saca partido de la ambición de la inconsistencia y de la versatilidad de los políticos.

Para nosotros, todos los políticos son iguales: en demagogia electorera, en escamotear los derechos del pueblo, en

afán de notoriedad, en arrivismo, en acierto para criticar desde la oposición y en cinismo para justificarse desde el Poder. Gubernamentales o de oposición, todos hablan el mismo lenguaje engañoso para el pueblo, para el cándido elector que cree haber contribuido al bienestar nacional con su voto.

Pocas veces en la Historia habrán tenido los anarquistas ejemplos más claros del desenfado político que el que nos ofrece la política republicana. Hombres que tuvieron toda la confianza del pueblo, que ilusionaron a los descreídos, han demostrado desde el Poder, incurriendo en los mismos excesos que criticaron, hasta qué punto es cierta la afirmación anarquista de que el mal no está en los hombres, sino en la autoridad, que no son los hombres los que poseen el Poder, sino el Poder quien posee y gana a los hombres. Tan odioso, tan injusto, tan despótico, tan cruel, tan insensato y tan enamorado de sí mismo nos parece este Gobierno de hombres que enardecen al pueblo en su verbosidad oratoria, cuando buscaban su apoyo, como el más reaccionario de los Gobiernos de la Monarquía. Hay pruebas suficientes en la Historia para atestiguar que las tropelías del Poder no dependen de los individuos que lo personifican.

Cuando los hombres que detentan el Poder se decidan a ir a unas elecciones, nos amenazarán a los abstencionistas con el fantasma del fascio, con el espectro de la reacción y hasta con la restauración de la Monarquía. Por nuestra parte, les inculpamos de ser ellos quienes hacen posible el retorno del pasado, por haber frenado el movimiento popular que los trajo y por su desatentada conducta en el Poder. No acudiríamos al terreno político, porque una vez más seríamos defraudados y engañados. Ha de ser en la calle y mediante la revolución social, como nos opondremos al fascismo de derechas y al fascismo de izquierdas, ambos bienquistas de la burguesía, prisioneros del Capitalismo, quién, entre bastidores, mueve los hilos de la farsa política, en la cual hay un personaje al que siempre le toca perder y pagar: el pueblo:

CNT, Madrid, 19 de junio de 1933.

CÓMO DEBE SER NUESTRA REVOLUCIÓN

La norma nos la han dado ya los compañeros de Figols y de los otros pueblos que imitaron su gesto. Una revolución política puede hacerse en el frente urbano. Se puede ganar o perder en dos o tres capitales importantes: los pequeños pueblos nada tienen que hacer en ellas. Busca el apoyo del ejército, y puede lograrse a base de cuarteladas. La camarilla dirigente, o el partido que la aproveche, se cuida, en primer lugar, de asegurar los frenos para poder detener los acontecimientos en un punto determinado.

Nuestra revolución social necesita tener más amplio frente, haciendo de cada villorrio un baluarte. Se ha de hacer en la base; conmover los cimientos e interesar a todos. No nos hace falta el ejército, porque no vamos a conquistar el Poder, sino a destruirlo. Tampoco nos importan los frenos, pues debemos desechar que lleguen hasta su fin natural los acontecimientos.

El municipio es la célula política, administrativa y económica de la nación; la raicilla donde se alimenta y sustenta el Estado, y debemos ir a su conquista, porque ha de ser la base de la nueva sociedad. Es en el municipio, en el pueblo, donde tenemos la más fundamental labor a realizar, y aunque fuera pasajero nuestro paso por él, habría de dejar un rastro indestructible. En el municipio tenemos por labor primordial la destrucción de archivos y documentación esclavizadora, la supresión de los cargos representativos, haciendo participar a todos en la disposición de los intereses comunes: la puesta en común de todo lo detentado por la propiedad privada; la distribución o rationamiento de víveres; la supresión de los privilegios y las gabelas. Que el campesino aprenda, con todos sus sentidos, a saber lo que es el Comunismo libertario.

Un puñado de camaradas audaces, o un pequeño Sindicato rural, pueden proceder fácilmente al desarme de los enemigos y al armamento de los revolucionarios. En un pueblo es fácil resistir muchos días de bloqueo, porque hay medios abundantes de subsistencias. La lucha con la fuerza armada puede convertirse en guerra de guerrillas. Hay múltiples lecciones prácticas que dar al campesino, haciéndole palpar las excelencias de nuestro régimen. La supresión de hitos y de lindes puede originar mil pleitos entre los propietarios si el movimiento fracasara.

La toma de las fábricas es un error táctico grosero. Allí no hay nada que destruir, ni que modificar, si antes no se destruye el Capital. Exige la conquista previa del mercado. En ellas no se resiste un bloqueo media docena de días.

Los compañeros de la ciudad tienen algo más importante que hacer: traer en jaque a la fuerza armada, para que no pueda acudir a someter a sus hermanos los campesinos sublevados. Distracta las fuerzas del enemigo; mantener la huelga revolucionaria y la lucha violenta: hacer que la experiencia del campo dure el mayor tiempo posible, para que nadie pueda negar la evidencia, lo realizable del Comunismo libertario.

Hay que demostrar a los políticos que estamos ya en edad de pasarnos sin su tutela, que tenemos el propósito decidido de andar solos. Lo esencial es que haya coordinación; que los compañeros que se adelanten, tengan la seguridad de que los demás han de seguirlos. Que no han de recibir el jarro de agua fría que recibieron los de Llobregat. Si ayer fueron diez pueblos los que se insurrecionaron, es menester que sean mañana mil, aunque hayamos de llenar las bodegas de cien barcos como el «Buenos Aires». La derrota no es fracaso. No siempre es del que triunfa el porvenir. Nosotros no nos jugamos nunca la última carta. Los que se la juegan y la tienen perdida de antemano son los poderes que hemos heredado de la barbarie, y que han esperado demasiado tiempo para remozarse.

Tenemos esta tarea urgente: actuar. Se ha hablado y escrito bastante; se ha ponderado, bastante también, la necesidad de organizarse; pero, del círculo vicioso en que estamos sólo podremos salir decidiéndonos a romperlo. Se aprende a amar la libertad siendo libre.

Considero más importante que haya cien compañeros capaces de realizar esto, que el que haya doscientos aptos para escribirlo y exponerlo.

La C. N. T. debe improvisar el modo de coordinar los esfuerzos revolucionarios en toda la nación. Facultad de su Comité Nacional para declarar un movimiento revolucionario nacional, aprovechando la primera oportunidad, como un estado emocional del pueblo o un suceso político. Posibilidad de hacer llegar la orden a todas partes en el plazo perentorio a fin de anticiparnos al Gobierno, desbaratando sus previsiones. La orden del movimiento nacional debe llevar precisados estos dos objetivos:

Primero. Implantación del Comunismo libertario en cuantos pueblos y lugares sea ello hacedero.

Segundo. Huelga general e insurrección revolucionaria en las poblaciones, reteniendo por todos los medios la fuerza armada, o yendo en auxilio de las localidades sublevadas.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 15 de abril de 1932.

LA POLÍTICA EMANCIPA DEL TRABAJO, PERO NO AL TRABAJADOR

Tanto el ocio como la actividad, son inclinaciones humanas complementarias. Ambas, igual que las demás necesidades, nos reportan placer, a condición de ejercerlas libre y espontáneamente. Tanto la actividad como el ocio nos degradan profundamente si se nos imponen. La actividad muscular o mental, como la caminata o el estudio que realizamos por placer, nos repugnan en cuanto la obligación los convierte en trabajo.

A medida que la vida social ha aumentado nuestras necesidades, ha ido aumentando paralelamente la carga de trabajo. El trabajo se ha convertido así en penosa obligación social, apenas aliviada por la domesticación de los animales y el dominio de las fuerzas de la Naturaleza. Gracias a la máquina, podemos alimentar la ilusión de ir emancipándonos cada vez más de la penosa obligación que nos impone la vida.

Si el trabajo sólo pesara sobre el hombre como imposición natural y social, nos resultaría carga llevadera que aceptaríamos resignadamente, y aun de buen grado, por la compensación de sus satisfacciones. El acatamiento de este deber nos permitiría sobreestimar el ocio.

Pero el odio al trabajo no nace de la obligatoriedad natural, sino de su injusticia social. Nos duele, más que en el sentimiento de libertad, en el sentimiento de justicia; nos pesa, más que en el cansancio, en la dignidad humana; nos indigna su reparto; nos subleva el baldón de su explotación por los parásitos.

La historia de las sociedades humanas registra, como hecho central y perenne, la emancipación individual del trabajo, hecho inmoral de egoísmo quintaesenciado. Está por

escribirse aún el primer capítulo de emancipación colectiva y justiciera. Fueron los primeros en emanciparse los astutos, los vivos y los fuertes. Todos los medios eran buenos para eximirse de la carga del trabajo. Actualmente, existen medios lícitos e ilícitos; para ello se ha escrito la ley. Y para burlarla, está el ingenio humano. El vicioso tiene todo su tiempo para pensarla.

El proletariado organizado para la emancipación colectiva, no del trabajo, sino de su servidumbre clasista, afirma su moral frente a la moral social. La emancipación del trabajo, la aspiración a vivir sin trabajar, es siempre una inmoralidad, sea o no legal. Merece la misma condenación el «chorizo», que el comerciante, que el burgués o que el político; porque, quien se sacude la carga del trabajo, es a costa de vivir del sudor ajeno. Lo único lícito y justo es la emancipación de la explotación capitalista, lo que dentro de la sociedad actual no puede lograrse aisladamente, ni colectivamente.

A causa de la injusticia social, el progreso de la máquina, en desacuerdo con el progreso social, ha producido el efecto opuesto al que era lógico, de aliviar al hombre de la carga del trabajo. Hoy no es más desgraciado el proletario que aguanta todo el peso del trabajo, sino el desocupado que ve despreciado hasta el límite máximo el único bien de sus brazos.

La solidaridad entre los proletarios, desocupados o amenazados por la desocupación, es hoy una necesidad apremiante, como lo es la actividad revolucionaria del proletariado para sustituir la organización social presente por otra, en la que el trabajo, como los bienes que produce, se repartan justamente, sin hueco para el parásito o el privilegiado.

Resulta así evidente que no hay emancipación posible del trabajo si no es a costa de vivir de modo inmoral, a expensas de otros recargados, y que no hay posibilidad de redimirse del mismo por la máquina si no es agravando la injusticia social con el aumento de desocupados. Que si individualmente se puede emancipar el trabajo de la emancipación capitalista, al proletario, que no tiene más que sus brazos, no se le ofrece otro camino de emancipación que el de la organización colectiva y el de la revolución social.

El camino estaría desbrozado si la política, que no es

más que un medio legal, pero no moral, de emanciparse del trabajo, viviendo a costa de los que trabajan, no hubiera contaminado con su cizaña la organización emancipadora del proletariado. No hay posibilidad de emancipación política de la servidumbre del trabajo, porque los políticos tienen prisa por dejar la herramienta, por encontrar en las cuotas de los afiliados, o en los enchufes del Estado, en las mil pesetas mensuales del acta de diputado, un medio de vivir con más holgura que con el salario del alquiler de sus brazos. En rehuir la carga de trabajo, no puede haber honradez. Importa poco la sinceridad de sus prédicas, ni su buena fe, al prometer redimir a los demás, si se termina por vivir a costa de los demás, dándole una puñalada al trabajo.

La política no puede conducir a otra parte. Es un medio excelente de medrar económicamente, de salir del lugar de maldición, de elevarse por encima del proletariado. Sería un medio precioso para emanciparse de la servidumbre y de la carga del trabajo, si fuera asequible para todos, pero, desgraciadamente, esa lotería sólo toca a uno por cada mil.

Solamente reparada esa injusticia podrá la humanidad esperar de la máquina la emancipación del trabajo.

Solidaridad Obrera, Barcelona, junio de 1936.

ORIENTACIÓN REVOLUCIONARIA

EL ANARQUISTA, EN SU PAPEL

El hombre es juguete de los acontecimientos sociales. El ambiente en que vive lo modela y le determina a obrar en un cierto sentido. Del ambiente depende su preocupación ideológica y su disposición para participar en las rebeldías colectivas. Los sucesos históricos acaecen en virtud de causas a las que es extraña la voluntad y la conciencia del hombre.

Pero todo esto, que puede decirse exactamente del hombre con vida instintiva, sin preocupaciones ideológicas y sin vida mental, del que no se pregunta por qué obra, sino que obra sin pensar, no es valedero para el hombre que cuida de su individualidad y tiene conciencia de su papel dentro de la sociedad.

Estos hombres, como los idealistas, los propagadores de un ideal de mejoramiento social y de perfección humana, permanecen fijos en su posición cuando es contraria a la corriente colectiva, y aceleran el movimiento evolutivo cuando, por azares históricos, coincide con su tendencia y sus aspiraciones.

Los hombres con vida consciente vienen predeterminados desde la cuna por las cualidades de su carácter o de su temperamento, y por esto nacen en los medios más distanciados y más impropios. (Gran parte de los anarquistas han tenido una educación religiosa y han nacido en medio reaccionario.) Su número es restringido y son como centros de influencia sobre los demás individuos no susceptibles de convicción. En épocas no propicias ellos mantienen el culto de la idea frente a las circunstancias más oscuras. Por el contrario, en circunstancias favorables, se convierten en avanzadas de las rebeldías colectivas y aceleran el curso

de los acontecimientos. En este sentido es en el que puede decirse que los acontecimientos pueden ser influídos y determinados por la voluntad del hombre, y en este sentido es en el que el revolucionario no se engaña ni se ilusiona al querer precipitar los sucesos y al preparar y provocar el estallido de la revolución. Lo que no cuadra con su papel social ni responde a un razonamiento lógico, es que en estos momentos en que se le ofrece oportunidad de actuar, de convertir en realidad sus ideas —también en cosa pasiva, en resistencia, en elemento conservador, en freno o en misma disonante.

No podemos esperar al hecho revolucionario como si fuera un suceso que ha de advenir como el nacimiento del Mesías. Estamos en el deber de precipitarlo, de desencadenarlo, dramatizando la vida social y llevando al terreno de la insurgencia las luchas emancipadoras. Cumplieron con su misión y con su papel de anarquista los camaradas que se lanzaron a la lucha violenta el 8 de enero. Su acción no ha sido ilógica, ni desatinada, sino consciente y espontánea. No puede decirse que fué estéril ni que se perdió en el fracaso. Menos aún que se hayan extinguido sus efectos y que se hayan apagado sus resonancias. Ningún esfuerzo se pierde. En la naturaleza, no hay pérdidas de materia ni pérdidas de energía. Un hierro se puede poner al rojo a fuerza de martillazo. La condición es que uno siga, antes de que el calor producido por el golpe anterior se extinga. No importa el frío que tenga el hierro. Ni hay que desesperar porque el brazo se cansé antes de lograrlo. Cuanto más esfuerzo cueste lograrlo, será mayor la estima en que lo tengamos, y, al par que calentar el hierro, habremos conseguido acrecentar la fuerza de nuestro brazo.

C. N. T. Madrid, 16 de febrero de 1933.

EL TRABAJO AGRÍCOLA EN COMÚN

Es este uno de los postulados del Comunismo libertario. El trabajo aislado del colono, del arrendatario o del pequeño proletario, tiende a desarrollar el interés particular, exacerbando el egoísmo, y, por lo tanto, a desunir a los trabajadores del agro, dando lugar a la formación de intereses encontrados y hostiles. Por esta razón lo fomenta el Estado capitalista, difundiendo la pequeña propiedad, a fin de propagar el individualismo egoísta.

Generalmente, el que está bien y logra alguna ventaja en la vida, no se acuerda de los demás, y no quiere arriesgarla para ayudar a los que no fueron tan afortunados. Los nacionalismos traducen esta forma de egoísmo. Las naciones ricas y prósperas son siempre las más ganosas de independencia. Igual pasa con las regiones favorecidas por la Naturaleza, que son las que tienden más a conquistar autonomía, desligándose de las cargas que impone la compañía de las regiones menos prósperas. Y lo mismo sucede en los pueblos, ciudades o aldeas, hasta llegar al individuo. Es decir, que la solidaridad y el apoyo mutuo, se cultivan y se practican entre los desheredados, entre los desposeídos, entre los pobres, y los que mayores dificultades encuentran para vivir. El proletario tiene mucho que enseñar en altruismo y en práctica de la solidaridad a las otras clases sociales, que sólo se unen a cambio de ventajas particulares.

Además de educar a los individuos para la sociabilidad y para la práctica del apoyo mutuo, el trabajo realizado en común resulta más agradable, más entretenido y variado. En todos los pueblos se conservan aún hoy costumbres que lo ponen en hechos. Tal por ejemplo, las veredas, en las que se paga un tributo para con la colectividad, por medio

de la prestación personal. Cada vecino está obligado a dar un peón para la realización de trabajos de utilidad común, durante un número de días determinado al año, y que suele variar de siete a nueve días. Este trabajo en común se dirige al arreglo de caminos de campo o monte, a limpias en el arbolado, a repoblación forestal, o a arreglo de obras de utilidad general. Suele tomarse como un día de expansión del vecindario, en el cual se intercambian murmuraciones, se establece relación entre todos, y hasta suele ser costumbre celebrarlo con una distribución de merienda. Esta costumbre se ha desfigurado y prostituido, concediendo a ciertos vecinos, por sus cargos, privilegio de exención, y dando a otros posibilidad de eximirse a cambio de dinero (mediante el abono de un jornal). A causa de esta injusticia ha venido a gravitar principalmente sobre los pobres, y a ser mirada con hostilidad por todos, como lo expresa este conocido refrán de la socarronería: *De vereda, el que más trabaja peor queda.*

Pero la principal ventaja del trabajo en común es su mayor rendimiento. Está comprobado que dos o varios individuos, unidos en el esfuerzo, hacen más fuerza que los mismos individuos puedan hacer aisladamente. Si dos individuos, de fuerzas parecidas, levantan cada uno y aisladamente 100 kilos, si se juntan los dos en el esfuerzo para levantar un peso lograrán levantar más de 200 kilos. Lo mismo puede decirse en cualquier otro trabajo. Los trabajadores del campo podrán cultivar más cantidad de terreno, en menor cantidad de tiempo, y con menos sudor y desgaste, si trabajan en común, que si lo hacen separadamente cada uno en su parcela.

Común queremos que sea el disfrute del producto y de la riqueza, y común queremos que sea también el trabajo. De este modo es como resulta más justa, equitativa y llevadera su carga; del mayor rendimiento y productividad, y de gran influencia educadora, para acostumbrar al individuo a la práctica del apoyo mutuo y de la solidaridad, base de la sociedad comunista libertaria.

C. N. T. Madrid, 6 de diciembre de 1932.

COMO EL AIRE PURO, LA LIBERTAD VIGORIZA

El Estado es la más nefasta de las instituciones sociales y el sostén de todas las injusticias. La política, la más repugnante de las farsas. La autoridad, un veneno que destruye los sentimientos humanos. El Poder, un tesoro que todos quieren poseer y que encadena y devora a los que llegan a poseerlo, semejante a la luz potente, que en la noche atrae a los insectos para quemarles las alas.

En nombre suyo se han cometido los mayores crímenes y las más horribles cruelezas. Un cruel Moloc, al que nuestra República lleva sacrificadas trescientas víctimas; gracias a su existencia, son posibles en el mundo entero los ultrajes más sangrantes a la dignidad y a la vida del hombre. La Naturaleza ha producido diferencias entre los hombres. Según su estatura, su belleza, su destreza, su salud, el clima que sufren o que gozan. A unos pueblos ha regalado con la abundancia y a otros ha castigado con las más duras condiciones de alimentación.

Pero, en lugar de tender a corregir estas diferencias con lazos de fraternidad, la voluntad del hombre se ha aplicado a ahondarlas, a profundizarlas y a hacerlas a capricho, o sea, a distanciar a los hombres, abriendo entre ellos abismos de envidia, de rencor y de incomprendición. La solidaridad aumenta con las semejanzas y disminuye con las diferencias. Toda la inteligencia humana parece haberse aplicado a hacer al hombre insolidario, enemigo y lobo del hombre.

Gracias al régimen capitalista, al derecho limitado de propiedad privada, que en las naciones civilizadas se impone por la fuerza asalariada del derecho, y en las naciones salvajes por el derecho de la fuerza asalariada, el hombre

pasa hambre y muere de miseria en los países y climas más fértiles y exuberantes, y goza de la abundancia en los lugares más inhóspitos. La posesión del dinero confiere todos los privilegios, hasta el derecho de pernada. La privación de él obliga a todas las dejaciones y esclavitudes, so pena de la vida.

El proletariado pasa miseria, lo mismo en las resecas llanuras del desierto que en las feraces islas llamadas paradisiacas. El capitalista puede regalarse lo mismo en una playa de moda que en un solitario puerto de la China. En la propia Jauja de la leyenda, en el país más favorecido por la abundancia, el pobre no tendría qué llevarse a la boca. Se destruyen por millones los sacos de trigo, los sacos de café, las toneladas de azúcar. Las naciones consumen miles de millones en preparar la destrucción y en gestar las matanzas colectivas. En tanto, el proletariado aprieta un ojal más su cinturón y pone dócilmente el cuello para que se lo cieren.

Por sobre el sino geográfico de los pueblos, sobre la distribución que en el mapa impuso el clima, el hombre, en lugar de reparar la desigualdad de la Naturaleza, ha producido una desigualdad más profunda, más irritante, más dolorosa y más injustificada.

De este círculo de hierro no puede salir más que quebrantando la fuerza organizada del Estado por la violencia revolucionaria. Sin el amparo de la fuerza organizada, la propiedad privada no puede mantenerse. Toca entonces organizar el disfrute de todos los productos necesarios. El dinero se desprecia y anula por sí mismo. No hay mejor modo de destruir una cosa que hacerla innecesaria o atacar las causas que la motivan.

Restablecido así el libre juego de las fuerzas naturales, el equilibrio, la armonía y el orden se establecerán por sí mismos, como se restablecen entre dos soluciones de distinta concentración separadas por una membrana porosa. Sin que la voluntad humana lo procure y sin que ninguna ley lo diete, sin que ninguna fuerza colectiva obligue a ello, sólo en virtud del fenómeno físico llamado ósmosis, se establece una corriente a través de la membrana que conduce a dar a las dos soluciones la misma concentración. En dos vasijas, comunicando entre sí y colocadas a distinta

alturas, si la superior se llena de agua, ésta va pasando a la inferior hasta que las dos vasijas alcanzan el mismo nivel. Entonces cesa de moverse el agua, sin que ninguna voluntad lo ordene, sin que ninguna violencia lo procure. Todas las fichas de un dominó pueden colocarse descansando sobre una sola, formando un elevado castillo. Es suficiente equilibrar las fuerzas gravitatorias que atraen a cada ficha hacia la mesa. Pero este equilibrio, al revés del que se logra espontáneamente en la Naturaleza, se destruye fácilmente, bastando la menor sacudida o trepidación. Es representación del equilibrio artifioso de la sociedad. Como el que se establecería artificialmente entre los dos platillos de una balanza que tuviera diferente peso. Estos equilibrios son los que necesitan de leyes, de jueces, de guardia civil, de gobernantes, etc.

Al hombre lo obligan a vivir en sociedad fuerzas poderosas y arraigadas en su naturaleza, como el instinto de sociabilidad, la conveniencia, las ventajas de la vida colectiva, la necesidad psicológica de convivir con otros, el altruismo, que es manifestación del instinto de conservación de la especie. Lo llevan al aislamiento, el egoísmo, la envidia y el rencor y el deseo de imponer su voluntad. Como al hombre no se le puede modificar, ni es posible deformar la naturaleza más que haciendo los equilibrios del castillo de fichas de dominó, una sociedad racional debe ser resultado del equilibrio conseguido en el libre juego de estos impulsos y en el justo contrapeso entre los positivos de unos y los negativos de otros. En cuanto el equilibrio se logre, sobre la voluntad humana y sobre la violencia organizada para afirmarla. El equilibrio no puede ser mantenido fijo, porque variando continuamente las fuerzas de que depende, debe variar también de su parte. No haya miedo de ningún caos ni de ninguna catástrofe. En la Naturaleza, están todas las fuerzas equilibradas de ese mismo modo, sin que por ello se hayan hundido las estrellas ni desaparecido la vida del planeta.

Lo fundamental en la sociedad es la destrucción del Estado, o sea, de la voluntad arbitraria del hombre aplicada a mantener una cierta forma de equilibrio social. Todo lo demás viene por añadidura. La familia persistirá si obedece a un instinto arraigado y desaparecerá si sólo está conte-

nida por las leyes y la rutina. La religión quedará relegada a un culto, en la conciencia de los que sientan su necesidad en cuanto se la prive del poder y de la riqueza y del campo abonado de la ignorancia. La enseñanza racionalista triunfará en libre competencia de la instrucción sectaria, amparada hoy por la moral y el Estado. El naturismo se impondrá sobre la medicina social, cuando pueda codearse en libre competencia. Las nuevas ideas que crecen poco a poco, no obstante la saña con que se las combate, como el anticoncepcionismo y el desnudismo y cuantas ideas de perfección humana ha gestado la filosofía anarquista, sólo tienen que temer la protección humana que el Estado dispensa a las concepciones viejas, alimentadas en su regazo como un nido de víboras.

Compadecemos a los que, llamándose anarquistas, pero tibios en su fe y vacilantes en su condición, se detienen en el umbral mismo de la nueva vida. Y, al despojarse de las vestiduras y prejuicios autoritarios, quieren conservar el collar y el tapavaho por miedo de coger una pulmonía.

C. N. T. Madrid, 5 de mayo de 1933.

POR LA INTEGRIDAD CONFEDERAL

En el número 153 de C. N. T., correspondiente al martes, día 30 de mayo, aparece, en folletón y en su segunda página, un artículo bien intencionado debido, al parecer, a una firma prestigiosa que no he podido descifrar por hallarse su impresión emborronada en los ejemplares que he tenido en mis manos.

Considero que la cuestión planteada por los «Treinta» en el seno de la C. N. T., debe ser liquidada lo antes posible, para lo cual ha de ser expuesta, por la pluma imparcial que la conozca, en toda su crudeza y con toda su desnudez. Llamando a las cosas por su nombre, y prescindiendo de abstracciones y de nebulosidades. Por los términos y el lenguaje empleado en el artículo aludido, tanto parece darse la razón a unos como a otros, y el lector encuentra en él motivos de verse aludido, tanto como de ver aludidos a los de enfrente. A la altura que han llegado las cosas, no es posible tratar ya el problema escisionista sin adoptar una posición concreta y decidida. Terminante.

No se trata ya de pugna de tendencias. De emplear la organización confederal en realizar su finalidad, o sea, en implantar el Comunismo libertario, como quiere la F. A. I. y los que con ella simpatizan, o de reorganizar y estructurar de nuevo a la Confederación, para que llegue a imponerse a todos por su perfección y belleza, como desean los de la Federación Sindicalista Libertaria. Esto es lo que se enarbola como pretexto. En el fondo, hay sólo rivalidad de grupos y enemistad personal. Motivos inconfesables. Los que han sido repudiados emplean en sus semanarios el ataque personal, toda la virulencia de la murmuración y tratan de demostrar que la C. N. T. está en quie-

bra, desquiciada por la torpeza de sus contrarios. No les detiene ningún reparo en su afán de desmoronar el organismo confederal, cuya dirección se les ha ido de las manos. Los que disfrutan el favor del grupo confederal han acertado a no descender al mismo terreno y han evitado en la prensa sindical el contestarles en el mismo lenguaje.

Si no les hubiéramos juzgado ya, nos bastaría para hacerlo la oportunidad cobarde y confusionista de sus manifiestos. A raíz de la reciente huelga, y cuando quienes podían contestarles están detenidos o perseguidos, cuando la prensa está amordazada, lanzan un manifiesto, igual que hicieron el 8 de enero, en el que campea el ataque al caido y el escupitajo al maniatado. La prensa burguesa reproduce gustosamente el texto derrotista que los gobernantes elogian y cuyo buen sentido hacen resaltar las gentes de orden.

Detenido en la cárcel del partido de Briviesca, donde sólo se nos permitía leer la prensa gubernamental, tuvimos conocimiento de la última hazaña «treintista», que nos produjo la impresión de una bofetada. Y queriendo aleccionarnos con ella, el jefe de la cárcel, un oficial del presidio de Burgos, me decía:

— Mire usted: yo conozco muy bien a Pestaña. Pestaña es muy sensato; no es hombre de acción; los que les traen a ustedes a mal andar son los de la F. A. I. Esos les llevan a ustedes por malos derroteros...

«Si el amigo censura, malo, y si el enemigo aplaude, peor.» Tal fué la reflexión que me hice interiormente. La misma que nos hemos de hacer ante el regocijo con que la prensa del coro acoge todos los pasos del liderismo sindicalista fracasado.

Ya que han quebrantado la integridad numérica de la C. N. T., con su escisión, los de la Federación Sindicalista Libertaria, mantengamos a toda costa la integridad del programa: la realización del Comunismo Libertario.

C. N. T. Madrid, 2 de junio de 1933.

EL FRACASO DEL SOCIALISMO

Hay un enfermo: la sociedad. Distintos médicos que ofrecen curarla con la virtud mágica de sus fórmulas y procedimientos. Se ensayan todos los regímenes: monarquía, dictadura, república, democracia, fascismo. Han turnado en la cabecera del lecho liberales, conservadores, reformistas, republicanos de todas las cataduras. Hasta socialistas. Y no sólo en una nación, es decir, en un solo caso, sino en múltiples. En Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Alemania, en Austria, en España. El enfermo sigue como estaba. Es decir, peor. Ni el menor alivio a los síntomas. Ha pasado de unas manos a otras con la misma debilidad y con las mismas molestias.

Aclaremos. Los socialistas no han usado su terapéutica. A la hora de ser consultados se han guardado la fórmula en el bolsillo y han usado de la cataplasma y de la pócima de los otros doctores, aun sabiendo a ciencia cierta que aquélla no servía para nada. Pero se trataba de justificar los honorarios. La cosa era cobrar. Ir tirando.

Les queda siempre el recurso de decir: «¡Ah! Nuestra fórmula está por ensayar. Ella salvará el enfermo. Pero aun no está lo bastante maduro el flemón para meterle nuestro bisturí. Hay que tener calma. Saber esperar.» Entretanto, ellos se las apañan para entrar a saco en los bolsillos del cliente, imitando a maravilla los métodos de sus colegas. Y el enfermo se va muriendo.

Catorce años de gobierno socialista, sin considerar nunca maduro el flemón, lo han desacreditado de tal modo, que se ha prescindido de la ciencia para aceptar un curandero. Gracias a su fracaso lamentable, Hitler ha podido hacerse dueño de Alemania. Y en España están procurando, con su

descrédito y su cinismo, que suceda tres cuartos de lo mismo, para lo cual tienen en la cárcel a todos los que podrían poner el pecho a la embestida fascista: a los verdaderos revolucionarios.

¡Luego dicen que el poder desgasta! ¡Pobrecitos! Lo que desgasta es el ponerse a prueba cuando no se tiene más que un cuento desacreditado: el de todos los políticos.

Y lo que os desgastará del todo será la pérdida de la libre. Ahora estáis acompañados. Os adulan. Os rodean ofreciéndoos apoyo gran número de gentes atraídas por el espléndido festín. Como acuden las hormigas a la savia que desborda del árbol cuando en él se clava la trompa de la cigarrilla.

Pero el tiempo os tiene preparada la lección definitiva. Tanto esperar a que el flemón madure, y éste reventará por sí solo, sin que os dé tiempo a sacar a relucir vuestro escalpelo.

Se os está pasando el tiempo, pero lo aprovecháis bien. ¡Vaya enclufos!

C. N. T., Madrid, 24 de junio de 1933.

CARTA ABIERTA A UN «TREINTISTA»

Para información del lector curioso, copio lo fundamental de tu carta, a lo que tengo interés en contestar con la máxima publicidad:

«Me parece mentira que un hombre como tú sostenga de una forma tan cerrada la tesis del fascismo. Y, sin embargo, por otro lado, pienso que puede estar justificada.

»En primer lugar, tu cultura y tu convivencia en los medios idealistas, desde el comienzo de *Generación consciente*, demuestran que has recorrido parte de nuestra trayectoria, hasta que por último has ingresado para llevar a cabo en todas las actividades la práctica del ideal y de la organización.

»Si en lugar de luchar como lo hacías, exclusivamente en el terreno de la cultura, hubieses conocido por dentro la organización y sus hombres, estoy persuadido de que esa tesis tan absurda no la sostendrías. Y no la sostendrías porque no hay quien pueda sostenerla.

»¿No te dice nada ese cambio tan brusco, esa media vuelta que ha dado la organización hace cuatro días? ¿Qué significa esto?

»Estáis de acuerdo en todo lo que propugna el sindicalismo revolucionario. Unas veces, ponéis en práctica parte de su contenido y otras lo saboteáis. ¿Qué actuación es esa? ¿Acaso el Sindicato no ha de servir nada más que para cobijar hombres como borregos, tenerlos allí, esperando el mesías de la revolución?

»No. Tú sabes tan bien como los demás, que la misión del Sindicato era otra y que la mayoría de los compañeros que representan esos Sindicatos han de ser otros también.

No espero que tardes mucho tiempo en darte cuenta exacta de que yerras.

»Por fuera se ve todo de color de rosa. Ahora, esperemos un par de años a que veas las miserias morales y materiales de los hombres que sustentas las ideas. Ya hubiese querido que, desde el año 19, conocieses la organización por dentro. Los grupos de vanguardia en Barcelona. Los que hubo en Francia después, hasta caer de bruces en la F. A. I.

»A mí, no creas que me molesta que la F. A. I. actúe. Es lógico reconocerlo así. Pero en su terreno, respetando siempre, como lo ha hecho hasta el advenimiento de la República, la función del Sindicato. Su verdadero funcionamiento orgánico, su discutida y analizada tantas veces famosa constitución.

»Este es el sentir del noventa y nueve y medio por ciento de los que actuamos en la oposición. ¿No guardas ninguna carta del amigo J. Riesgo, que te escribía desde París el año 1927? Repásalas, si las tienes archivadas, porque es muy posible que recibas provechosas enseñanzas de la actuación y comportamiento de los anarquistas que por aquel entonces residían en París y otros lugares de Francia.

»Espero unos pocos años más con impaciencia. Creo que si no ha hecho el sindicalismo la revolución para esa fecha, estará muy próxima en llegar. Y vosotros os encontraréis disueltos por las provincias españolas, paseando el individualismo que se pondrá en moda, los menos —y en ellos te cuento a ti—, honradamente, los más, satisfechos de haber servido en otro tiempo para destrozar la organización que supo ser modelo en el mundo entero.»

Interpretada por mí, tu carta, quiere decir esto: si sostengo una posición con la F. A. I., es porque no conozco las miserias morales y materiales de sus hombres. En cuanto las conozca, me apartaré de ellos. Por conocerlas, os habréis apartado los que estáis en la oposición y también por creeros limpios y puros moral y materialmente.

Es decir, que, para sostener una idea o para adquirir una convicción, hemos de mirar la conducta de los hombres que dicen sustentarla. Esta tesis es la del caudillismo, la del liderismo, pues basta encontrar un hombre con apariencia de pureza tal que deslumbre a los demás, y todos le se-

guirán maravillados. Para echarlo por tierra y destruir su poder, bastaría sacar un semanario dedicado a reseñar con toda minuciosidad las lacras y defectos y debilidades de ese hombre, convertido en caudillo y en santón, cosa que es facilísima, porque, si ha de ser humano el hombre, ha de tener los alifafes morales y materiales propios de tal condición.

En efecto, observo que esta es la conducta y la tesis de los «treintistas» y, por identidad con ellos, la tuya.

Como con excelente intención ha demostrado vuestra semanario colector de chismes, yo soy uno de los miserables moral y materialmente. Acepté, siendo vicepresidente del Consejo de Médicos de Álava, el cargo de diputado provincial cuando Berenguer ofreció liquidar la obra de Primo de Rivera. Lo usufructué mes y medio justo y traté de rehabilitarme en vano, haciendo pública mi renuncia. Además de un «mediquillo», soy un «palvavientes», como despectivamente me llama uno que con la misma intención podría ser llamado «inflaampollas». Esto quiere decir que me siento honrado con las ideas, la conducta y la compañía de los de la F. A. I.

Desde la torre olímpica de vuestra vanidad de hombres puros y de vuestro engreimiento de impecables, nos despreciáis. Vuestra atalaya os permite profetizar lo que pasará de aquí a unos años y condenarnos a disolversemos por España, paseando nuestro individualismo. ¡Pobres de nosotros!

Con la confianza que mostráis en que los acontecimientos han de daros, a no tardar, la razón, no concibo hayáis pasado desde la actitud oposicionista al derrotismo y a la escisión, como no concibo tampoco que, habiéndole clavado el puñal de la traición, tengáis tupé para decir que somos los que la estamos destrozando.

Por mi profesión de médico y mis aficiones literarias, tengo un concepto humilde del barro humano. Cuanto mejor me conozco a mí mismo, me siento más identificado con este barro. Me doy perfecta cuenta de que es con él con el que hay que edificar la nueva sociedad. Comprendo que estoy obligado a elevarme y que, por consideración a mí mismo, no debo convertirme en juez de los demás. Y guar-

do mi mayor desdén para el hombre engreído que se cree formado de otra materia y que, embutido en su vanidad, no sólo juzga, sino que condena sin remisión a los demás.

C N T, Madrid, 4 de octubre de 1933.

EL INDIVIDUO, ESPONTANEAEMENTE ARMONIZADO EN LA UNIDAD SOCIAL

LA UNIFORMIDAD NO EXISTE EN LA NATURALEZA. — Dentro de la unidad de especie, de familia, o de raza, los seres vivos se diferencian hasta el punto de no ser nunca un individuo igual al otro. No se encuentran en toda la Humanidad dos individuos iguales. Ni en genio, ni en carácter, ni en humor, ni en gustos, ni en rasgos fisonómicos, ni en huellas dactilares.

Tampoco — ni en la vida ni en la historia — hay dos hombres iguales, dos situaciones equivalentes, dos circunstancias idénticas.

Hasta los problemas humanos varían con la época, con la situación geográfica y con el clima donde se plantean.

Pretender borrar estas diferencias, desconocer tales discrepancias, equivale a deformar la Naturaleza. Esto es lo que intenta hacer la autoridad, y por ello puede decirse que la autoridad es una violencia ejercida contra la Naturaleza.

LA ANARQUÍA, POR LO TANTO, NO PUEDE SER UNIFORMIDAD. — No es una maqueta, ni un modelo, para con arreglo a él organizar la sociedad. Es respeto a la individualidad humana, a la individualidad geográfica de cada pueblo, y en la individualidad de cada momento y de cada época. No pretendemos, conforme suponen muchos que nos desconocen, imponer un determinado modo de organización social ni modelar la sociedad a gusto nuestro. No queremos destruir lo que se oponga a que cada individuo, cada colectividad, o cada pueblo, tenga gusto, iniciativa o voluntad de hacer.

Así como se reconoce entre educadores que no debemos imponer al niño un cierto modo de conducta, sino que

debemos propiciar que sea lo que deba ser con arreglo a sus características, del mismo modo reconocemos que a las colectividades sociales no se les debe imponer una forma determinada, sino que debemos procurar que sean aquello que espontáneamente tenga propensión de ser.

La mejor organización social, para el anarquista, es aquella que mejor favorece la libre manifestación de las individualidades.

LO QUE MÁS NOS AGRADA ES AQUELLO QUE HACEMOS A GUSTO. — Aunque pueda perjudicarnos — como el tabaco al fumador, o el vino al bebedor —, lo que nos agrada es aquello que podemos hacer por libre voluntad. A la fuerza, hasta el placer más intenso se nos haría odioso. Una organización social perfecta nos repugnaría si nos la impusieran, si no fuera elegida libremente por quienes habrían de vivirla.

En esto se fundamenta el sentimiento de libertad, de obrar por propio impulso y por propia voluntad.

No es bastante disculpa la bondad de una cosa para imponerla. Nunca tiene justificación la dictadura.

LA LIBERTAD AJENA, COMO LÍMITE DE LA PROPIEDAD. — De lo anterior, parece deducirse que reconocemos a cada individuo el derecho a hacer lo que le dé la gana, en el peor sentido que tiene esta locución. Todo individuo, como todo pueblo, como toda colectividad, deben poder hacer lo que decidan llevar a cabo, aunque sea en contra suya y con su propio perjuicio, siempre que no atenten contra los demás. Esta limitación existe siempre en la Naturaleza, donde, a pesar de la hostilidad de unos seres para otros, hay siempre un equilibrio libremente establecido.

La Biología nos ofrece una imagen gráfica en la morfología celular. Cuando el huevo, después de la fecundación, comienza a dividirse, todas las células resultantes tienden a adoptar la forma esférica, que podemos decir es la forma universal, ya que la materia viva tiende a adoptarla cuando a ello no se oponen otras causas; y, a la inversa, puede afirmarse que ha obrado una influencia extraña cuando una célula adquiere una forma distinta.

Pues bien: si seguimos a esas células resultantes, las veremos convertirse en poliédricas, en hexagonales, por la presión recíproca de una sobre otras, cuando su crecimiento sobrepasa las dimensiones del espacio en que se alojan.

Lo mismo que la célula, la libertad individual debe crecer en sentido concéntrico, limitándose allí donde tropieza con la libertad de otro, y extendiéndose sin limitación donde no choca con el interés ajeno.

SI AMAMOS LA JUSTICIA, DEBEMOS RENUNCIAR A PRACTICARLA. — Al pretender dar a cada uno lo suyo, bien sea el premio o el castigo, o el producto de su trabajo, el hombre se atribuye una penetración psicológica que no tiene ni puede tener y comete mayores injusticias que la que trata de corregir.

Lo mismo al convertirse en mentor o en director de los demás, teniendo un concepto excesivo de su capacidad o un concepto menguado de la capacidad de los otros. Ya tiene bastante cada individuo en ordenar lo suyo: su conducta, sus ideas, su trabajo. En este conocimiento de sí mismo, nadie le puede aventajar. Y lo que decimos de la individualidad personal, es aplicable a la individualidad colectiva y a la individualidad geográfica.

* * *

El Comunismo libertario es la fórmula concreta para romper la uniformidad del molde autoritario, que obliga a ser de un determinado modo a la sociedad. Y es, además, el camino para que las individualidades de todo orden se asocien y organicen espontáneamente, ya que no de un modo perfecto, sí de un modo natural, sin violencias y sin forzamientos.

El orden social que se produzca por libre equilibrio de sus individualidades componentes, eso será la Anarquía. Cada vicio tendrá su antídoto en la virtud opuesta. Al vago lo neutralizará el diligente. Al perverso lo compensará el bondadoso. Al dilapidador, el avaro; al comilón, el sobrio; al precipitado, el sensato, y al incapaz, el capacitado.

Pretender que todos sean buenos, bellos, bondadosos, capacitados, sabios y perfectos no es una utopía, sino una vana ilusión de novela.

C.N.T. Madrid, 7 de octubre de 1933.

nos haga perder el miedo y su grado menor, la indecisión. Los hechos sangrientos se prodigan, la agitación cunde en los espíritus, hay algo latente en el ambiente que hace sentir al más acorizado que estamos en vísperas de tempestad.

La C. N. T. ha logrado apartar del carril de la rutina política a un gran contingente del pueblo, a un número mayor que el que hayan podido cosechar las derechas. Con tal actitud, que supone el quebrantamiento de una rutina, la rebelión contra una costumbre y el sacudimiento de un vicio, o sea, la revolución de los espíritus, ha sacado de quicio el tinglado político. Las izquierdas ya no pueden montar sus tiendas para encaramarse encima del proletariado, para continuar sobre él su dictadura disfrazada. Esto ha permitido el libre acceso al Poder de las derechas; pero ese pueblo que se ha abstenido de votar, que ha tenido la fuerza de convicción y de voluntad de apartarse de un juego peligroso para sus libertades, no ha pronunciado su última palabra ni renunciado a obrar. El primer objetivo, la unificación del frente de combate, político y social a la vez, está logrado. Ahora ha de empezar el forcejeo, la pugna, la lucha abierta y decisiva.

¡Ay de los vencidos!

C N T, Madrid, 29 de noviembre de 1933.

«ALEA JACTA EST»

La suerte está echada. Hay que dar cara a las circunstancias. Apechugar con el momento de máxima responsabilidad. Cumplir los compromisos revolucionarios.

Estábamos conformes, después de la experiencia de unas cuantas tentativas frustradas, en que la Revolución social precisa de gente dispuesta a acometerla, ofrendándole la vida; de un momento propicio, y de un estado pasional en el pueblo que sufre; es la fiereza que se sobrepone al miedo adquirido con la educación disponiéndose a despedazar al dominador. Las otras condiciones de preparación material, estaban acordes en reconocer que vienen por añadidura.

Nunca, como ahora, hemos estado en España en condiciones tan ventajosas y favorables. Tenemos la lección de anteriores experiencias que ha sido preciso vivir, porque ellas aleccionan más que los libros y que las discusiones. Estamos en la pleamar de una marca política, que pronto va a iniciar el retroceso de las aguas. El capitalismo se arrepiente de haber contemporizado con una democracia, aun habiendo conseguido corromperla y hundirla en el mayor de los descréditos. De aquí en adelante, si la mecánica política sigue en curso, las derechas se apoderarán de los destinos del pueblo e iniciarán una franca reacción que nos conducirá rápidamente a la situación de Italia y de Alemania. Estamos, pues, frente a la oportunidad histórica. Ante el dilema de rebelarnos o sucumbir. Los diversos frentes, que hasta ahora existían se reducen a uno solo: reacción contra revolución. Todo hombre sincero está obligado a decidirse y a optar por uno de los dos bandos. Falta sólo, y su madurez está en nuestras manos, el momento psicológico, el instante de exaltación pasional, el calor emocional que

CREEMOS EN LA BONDAD HUMANA

Creemos que el hombre es bueno por naturaleza. En lo que no creemos es en la bondad del dinero, ni en la bondad del poder. Dicho más claramente: un hombre con dinero, o un hombre con poder, no es hermano de los demás hombres, sino su explotador y su tirano. El dinero y el poder deforman nuestros sentimientos y modifican nuestra conducta, haciéndonos, no sólo insensibles al dolor y a las desgracias de los demás, sino también actores, más o menos conscientes, de ese dolor y de esas desgracias.

Podéis hacer todos los experimentos, si no tenéis bastante con la experiencia de la vida y con la lección de la Historia. Cualquiera de vosotros habrá presenciado estos casos.

Un hombre se pone en trance de ser rico, jugando a la lotería. Antes del sorteo, es capaz de ofrecer a un amigo o a una obra con la que simpatiza, la mitad de lo que le toque. Pero, al día siguiente de cobrar la cantidad y con tanto más motivo cuanto más crecida sea, ha variado por completo de modo de pensar y se le han olvidado todos los ofrecimientos.

Ante la misma desgracia, una familia en la miseria, un obrero que necesita todo lo que gana y más de lo que gana, presta expléndidamente su solidaridad. Todos conocéis casos de quien ha partido su pan y su leche. Un ricachón, con afán de filántropo, le tirará una perra gorda y se disculpará interiormente, pensando que eso sólo les puede ocurrir a los vagos.

Esa huelgas que los obreros hacen por solidaridad con otros compañeros hermanos de explotación, magnífico ex-

ponente de solidaridad, no son capaces de comprenderlas, ni la clase media, ni, menos aún, la rica. Por un compañero de profesión, ellos no darsan ni lo que les sobra de la comida, cuando menos perder un día de haber, ni echar menos tajadas en el puchero.

En los pueblos, es frecuente la práctica de la solidaridad entre pequeños propietarios. Cuando uno está enfermo o necesita ayuda por cualquier causa, los demás vecinos le prestan la pareja de bueyes o van a trabajar para el necesitado, a realizar la siembra, o ayudarle en la trilla. Y esto, desinteresadamente. A lo sumo, con la esperanza de ser pagados en la misma moneda. Pero estos mismos labradores, sin ninguna inquietud social, no serían capaces de prestar el equivalente en dinero, sin exigir a cambio un interés y la devolución a plazo fijo. Lo que quiere decir que el dinero hace al hombre tacaño para la solidaridad.

En cuanto al maleficio del poder, la República nos ha mostrado hasta dónde llega su capacidad de corrupción sobre los individuos. Casi todos los que hemos visto endurecer sus sentimientos y mostrarse crueles para con el pueblo, fueron personalidades admiradas por su sensibilidad para el dolor humano, y por su enemiga contra el atropello y la injusticia.

Si ninguno de vosotros daría crédito a quien os pidiera ayuda para hacerse rico, ofreciendo poner su riqueza a disposición de los necesitados, no veo por qué hemos de creer en el que antes de alcanzar el Poder ofrece ponerlo a disposición del débil y del perseguido. Ambos pueden ofrecerlo antes de poseer cualquiera de los dos corruptores influjos. Pero ambos, también, cambiarán radicalmente de modo de pensar en cuanto los posean.

Entre todos los ricos que hay y que ha habido, y entre todos los hombres que han detentado el Poder, ha debido de haber muchos hombres honrados, buenos y sinceros en el fondo. Pero todos se han comportado igual. El rico ha exigido un interés para su capital, una renta para sus propiedades, una buena ganancia en sus empresas. El investido de autoridad ha exigido respeto a su mando y ha dado las mismas órdenes severas a sus lacayos.

Quien espere que su emancipación está en manos del

poderoso, como quien la espere de la dadivosidad del rico, está aviado.

De lo que se deduce que tan idiota como votar a un candidato al Poder es ayudar a otro a hacerse rico.

C N T, Madrid, 1.^o de diciembre de 1933.

CRISIS DE DISTRIBUCIÓN

Para poder hablar de sobreproducción, sería menester que hubiera excedente de productos, luego de tener todos los hombres satisfechas sus necesidades primarias. Actualmente sólo se trata de sobreproducción aparente, por la arbitaria e injusta distribución de lo que se produce.

Se podría producir aún más. En la industria, aplicando el perfeccionamiento de la maquinaria, racionalizando el trabajo, aumentando la jornada de producción por turno de trabajadores. En la agricultura, aumentando la extensión de los cultivos, ya que no se ha puesto en explotación toda la tierra cultivable; intensificando los cultivos con riegos, abonos y con sucesión de cultivos, para producir varias cosechas en el año, y, por último, racionalizándola, para preferir el cultivo más adecuado a cada tierra. Puede incrementarse la ganadería de carne a costa de las otras especies animales no utilizables como alimento. Pueden incrementarse la pesca y las explotaciones mineras. Es decir, que la productividad de nuestro planeta, ni de nuestra nación, no ha llegado a su límite y que, por lo tanto, puede contener más gente de la que hoy existe.

El régimen capitalista, cuyo mecanismo ha favorecido por lo menos la producción industrial, y que no se opone a incrementar las otras producciones, dificulta en cambio el consumo, limitándolo: con el salario, en el proletariado; con la necesidad del ahorro, en las clases medias; con la usura, en los ricos, y, por último, con el hambre en los desocupados, en cuanto el maquinismo le ha permitido rebasar el límite de consumo. Y este desigual modo de actuar sobre las dos premisas del problema económico ha acarrea-

do como consecuencia lógica el desequilibrio actual, que más trazas tiene de aumentar que de disminuir.

La solución no está en producir menos, porque entonces disminuye el consumo y se aumenta el peso de las cargas contributivas, la sangría de los mantenedores del orden. La solución estaría en consumir más y, sobre todo, en consumir en la medida que la producción lo consienta. Y es aquí donde falla todo el sistema capitalista. En él, el consumo lo determina el dinero, el cual no puede dejar de escatimar en el salario, porque suprimido éste se acabaría su fuente principal, esto es, la explotación del trabajo.

En el estado actual del progreso mecánico, no es posible ninguna solución del problema económico, si no es a base de generalizar el consumo como un derecho inmanente del individuo, compensado con el deber también inmanente de contribuir a la producción. A la larga o a la corta, es la única solución racional y eficiente, puesto que permite incrementar la producción en bien del hombre, para poder aligerar el peso de su trabajo, puesto que da vía libre a los inventos mecánicos más revolucionarios y porque la abundancia de un producto no debe ser un mal, sino un bien para la humanidad toda, que tiene su culminación en la satisfacción amplia de todas las necesidades.

En esta concepción del problema económico se basa el Comunismo libertario, punto de coincidencia de los que luchan por el pan y de los que aspiran a garantizar al hombre su libertad.

C. N. T. Madrid, 1.^a de diciembre de 1932.

POR LA COMPRENSIÓN MUTUA

Existe una enorme desproporción entre lo que el hombre puede alcanzar y lo que es capaz de desear. Hay un franco contraste entre la realidad que palpa y la perfección que concibe, entre lo vivido y lo imaginado. El afán de perfección es, por esta causa, ilimitado e inasequible. Nos pesa demasiado, para remontarnos, el lastre de nuestra defectuosidad corporal, de nuestra animalidad instintiva, de nuestro psiquismo inconsciente, de nuestros hábitos heredados o adquiridos, de nuestro ambiente social y de nuestra ignorancia inagotable.

Todo hombre lleva en la cabeza unas desmedidas ambiciones de perfección ilusoria y en el cuerpo el contrapeso de mil defectos y fealdades; pero, además, está adornado de una ruin cualidad: la de no sentir tanta repugnancia por sus imperfecciones como por las ajenas, y la de no celebrar los méritos ajenos tanto como los propios. En sí mismo es capaz de soportarlo todo: el olor y vista de las heces, el olor acre de sus sudores, sus mucosidades nasales, el hurgarse la nariz, el acto de rascarse, los eructos, las cóleras, los arrebatos, odios e inclinaciones. Pero no está dispuesto a tolerar nada de esto en el vecino; pues tiene la propensión a mirarlo abultado, con el lente de aumento, con la mayor carga de escrúpulos. De esto nos nace la críticománía.

Nada más fácil que criticar al prójimo. No hay que ser muy lince para notar, en otros, los defectos. Nos basta con dejarnos llevar por un impulso inconsciente. Sin embargo, no hay nada más injusto, ni más arbitrario, pues tales censuras sólo deben estarle permitidas al que estuviera libre de merecerlas.

El que despuelleja a su prójimo demuestra que se desconoce a sí mismo. El propio conocimiento es lo que nos permite conocer mejor a los demás y, por lo tanto, disculparlos y compadecerlos. Si tenemos que convivir con el hombre, si tenemos necesidad de su apoyo y de su solidaridad, hemos de aceptarlo tal como es, ya que nosotros no somos mejores, hechos como estamos del mismo barro.

Lo racional sería que criticásemos, no de palabra, sino con la conducta, corrigiéndonos del defecto que vemos mal en los otros.

La conseja popular ha expresado gráficamente este defecto humano en la sentencia: «Ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio».

Otro defecto humano es el de creernos el centro de la Humanidad, el ombligo del Mundo. Propendemos a la vanidad y al orgullo, y tenemos la petulancia de creer que lo nuestro es lo mejor. Nuestra opinión política o social, nuestra visión del mundo, nuestra concepción de la vida, nuestra solución para un determinado problema. Lo hemos elegido por eso: por creerlo el mejor. Y, lo mejor para nosotros lo confundiríamos con lo mejor para todo el mundo.

De aquí nos viene otra manía: la de pretender que se acepte nuestra verdad particular. Todos queremos la unificación de tendencias y pareceres dentro de la C. N. T. o dentro del anarquismo, como no importa en qué otra cuestión. Pero queremos esta unificación a base de que los demás acepten nuestros puntos de vista, y no como sería hacedero, renunciando cada uno a su punto de vista particular, a nuestro peculiarismo. Pretendiendo cada uno el triunfo de su visión, no hay posibilidad de ponernos de acuerdo en nada.

Es menester aprender a transigir, a tolerar las disparidades de otros criterios con el nuestro. Y, de empeñarnos en lograr la unidad de pareceres, debemos comenzar por hacer dejación del propio.

Es una ilusión grandemente difundida la de creer que cualquier perfección se puede lograr de golpe, de una vez para todas. Es decir, que, por ejemplo, la libertad puede conquistarse un día determinado, tras una revolución o tras de un esfuerzo sostenido y perseverante, y que, después, los que nos afanamos por ella, podremos tumbarnos

a la bartola. Por su parecido con el premio celestial de las religiones, parece haber tenido un origen religioso.

La libertad, como cualquier otra perfección humana, sólo puede irse logrando palmo a palmo, en incesante esfuerzo, en perenne forcejeo, sin que nunca podamos llegar a disfrutarla plenamente, puesto que nos lo impide nuestra propia naturaleza, y sin que puedan cesar nunca las actividades del libertario por acrecentarla. Por todas partes existen gémenes de esclavitud y gémenes de autoritarismo. Toda organización social los lleva en su seno, en tanta mayor abundancia cuanto más compleja y compacta. El individuo, o el grupo anarquista, debe ejercer en ellas de antídoto, de contraveneno, de neutralizante. La lucha por la libertad será una lucha inacabable, que irá sumando, porción a porción, conquista a conquista, trozo a trozo, hasta lograr el máximo compatible con nuestra naturaleza, que nunca será lo bastante para saciar al idealista, al eterno e insaciable disconforme, cuya existencia es garantía y acicate de progreso.

No se trata, por lo tanto, de ponerse en el dilema esterilizante de todo o nada, sino de ir conquistando, jalón a jalón, toda la libertad que sea posible, de ir desalojando de todas las posiciones, reducto a reducto, al autoritarismo.

Por su potencialidad de realizaciones liberadoras, la Confederación Nacional del Trabajo debe merecer la preocupación y el apoyo de todos los anarquistas, hasta de los encastillados en la «torre de marfil» de su individualismo. En momentos, equivale a una deserción el aislamiento. No importa que no se llame organización anarquista: es bastante que se comporte como si lo fuese. Es suficiente que haya aceptado como finalidad la realización del Comunismo libertario, estación de tránsito hacia la sociedad anarquista.

De que cumpla lo más íntegramente su cometido, debemos encargarnos los anarquistas.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 28 de mayo de 1932.

LA UNIFORMIDAD, PREJUICIO AUTORITARIO

Nos cuesta trabajo librarnos de la manía de someterlo todo a la uniformidad. Y no nos damos cuenta de que ello equivale a desnaturalizar, porque lo peculiar de la Naturaleza es la variedad, lo múltiple, lo diverso o individual. Quisiéramos que todos los hombres que componen la sociedad pensaran como nosotros, que tuvieran las mismas aspiraciones y el mismo concepto de las cosas; que la diversidad de tendencias de nuestra ideología se concretara a un programa único; que en las diferentes regiones y pueblos se aceptaran los mismos organismos de vida económica, y hasta que el Comunismo libertario tuviera en todas partes la misma modalidad.

Y esto, aunque nos parece preciso, posible y hasta imprescindible, no es ni imprescindible, ni preciso, ni posible.

No es posible que todos los componentes de la sociedad coincidan en una misma ideología. Ni siquiera los que coinciden pueden ser una mayoría, a menos que sean hombres que obedecen, en lugar de hombres que piensan. No es preciso que el Comunismo libertario, para ser hacedero, se concrete en un programa único, porque es menester dejar a cada localidad en libertad de implantar aquella modalidad más conforme con sus características.

No es imprescindible que todos tengan un mismo concepto de las cosas; pues el acuerdo y la convivencia se pueden establecer, y se establecen de hecho, entre los pareceres, más dispares, y el equilibrio es siempre resultado de fuerzas antagonistas.

Por el contrario, es conveniente que existan todos los más diversos y opuestos modos de pensar, de sentir y de proceder; que el sensato esté contrapesado con el impulsivo y, a la inversa, el impulsivo por el sensato. Que el perezoso esté neutralizado por el diligente, y el diligente por el perezoso; en una palabra: que se den todos los tipos y modalidades de lo humano, y que el equilibrio entre todos ellos se pueda establecer libremente, sin la intromisión autoritaria de ningún redentor.

La uniformidad debe repugnarnos como una manifestación de la autoridad. Simplifica los problemas; pero es a costa de deformarlos. Ni la autoridad puede pasarse sin uniforme, ni el uniforme sin autoridad.

La misma pugna entre individualistas y colectivistas, sólo puede ser resuelta a base de libertad. Libertad del individualista para vivir sin nexo social, y libertad del colectivista para organizarse con sus afines en sociedad. No se puede imponer siquiera la forma de asociación, decidiéndonos por una forma única de sociedad, bien sea sindicato, cooperativa o comuna, etc. La vida aislada es un ideal para el individualista, pero no para el que siente vivamente la solidaridad. Y un ideal impuesto deja de ser ideal.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 15 de septiembre de 1933.



cuencia de la guerra imperialista y de la pugna social, ha arramblado con todos sus remilgos éticos, dejando al desnudo la bestia que vive en nuestros instintos.

Vivimos bajo su amenaza. Desde el punto de una generación, o de varias, es un momento decisivo, de vida o de muerte. Mas para el juicio histórico, es una locura pasajera, un momento de regresión evolutiva.

Las dos clases sociales se aterrorizan mutuamente con la dictadura. Ambas quieren cerrar los ojos a toda otra solución: antimarxismo se llama en la burguesía lo que en el proletariado se denomina antifascismo. En realidad, es el mismo coco. Ambos quieren el Estado despótico para aplastar al contrario. Se imitan en el afán de un amo, en el saludo con todo el brazo, en las milicias, en el gusto por el uniforme, en diluir la individualidad en la masa. Se parecen como un guante del derecho y otro del revés.

Tan necio como entretenerse en bizantinismos o en disputar si son galgos o podencos, es dejarse llevar del terror y tirarse por la ventana si en la casa hay olor a chamusquina. Pero la C. N. T., ni los anarquistas, no tienen nada que hacer en las ligas antifascistas, en las alianzas con los aspirantes a dictadores, señalando frente al fascismo y frente al antifascismo el camino de la libertad y la exaltación de la individualidad humana. Como individuos, puede importarnos conservar la vida con dignidad; pero, como organización, nos debemos al juicio de la Historia y nos interesa que con nosotros no muera la idea.

El verdadero antifascismo no puede ser otro que el de quienes se opongan a todo empeño de despotismo. No puede ser otra cosa que el permanecer apartado de esta neurosis de postguerra, en la que perdura la locura belicosa del hombre de las trincheras.

FASCISMO, IGUAL A ANTIFASCISMO

El fascismo nació de una guerra y, a juzgar por las trazas, nos conduce a otra. No sabemos si la próxima será su tumba o si será motivo de su apogeo en el Mundo. La guerra del 14 hizo posible la revolución rusa, con implantación de la dictadura del proletariado, que resonó en todas las naciones, envalentonando a las masas obreras y aterrorizando a la burguesía. El fascismo fué la respuesta del capitalismo asustado. Mussolini era la antítesis de Lenin. Una dictadura contra otra dictadura. A la guerra entre naciones seguía la guerra entre clases sociales. Ambas clases emplearon en naciones distintas los mismos procedimientos, a base del Estado dictatorial y totalitario. En realidad, el hecho ruso y el italiano son la misma cosa, el mismo bofetón a la libertad humana, sin otra diferencia que el uno es dado de frente y el otro de revés.

Por circunstancias diversas, el hecho italiano ha tenido más resonancia que el ruso. Más o menos abiertamente, todos los Estados de Europa se han asimilado los modos fascistas, sus leyes y sus milicias, su desprecio a la libertad humana y su enemiga a los derechos individuales. En casi todas las naciones se han ensayado dictaduras. Unas, descaradas, como el racismo alemán; y otras, disimuladas, como la austriaca.

El fascismo, o dicho de otra forma, el Estado despótico como procedimiento de gobierno en la lucha de clases, es comparable a los gases en la guerra entre pueblos. Es un procedimiento inhumano y repulsivo que se acepta como un mal necesario, liquidando con razones especiosas todos los escrúpulos morales. Hasta el delincuente profesional suele tener su dignidad y sus reparos; pero, esta alta delin-